

En la profunda interrelación que existe entre los distintos países y regiones en la época actual, tal vez mencionar las fronteras sea anacrónico, quizá una imagen más acertada sea hablar globalidad, pensando en esa interdependencia y vinculación entre todas las naciones del orbe. No obstante, la noción de frontera es una perspectiva pertinente para comprender especificidades y puntos de inflexión de los procesos históricos. En esta obra colectiva, como visión teórica y metodológica esencial, nos planteamos la necesidad de comprender las interrelaciones entre varios tipos de fronteras, término que empleamos en varios sentidos: la frontera que existe entre la historia propia y la externa, entre el mercado interno y el mundial, con sus sempiternas transformaciones, que ahora parecen conducir, de nueva cuenta, hacia cierres de fronteras y políticas proteccionistas. Como línea divisoria entre países, condición que lleva, forzosamente, a la necesidad de entablar un análisis permanente entre los derroteros por donde cada uno transcurre y explorar las relaciones entre ellos. Otra frontera se manifiesta entre el pensamiento económico gestado en el país y la influencia de las grandes corrientes teóricas generadas en el llamado primer mundo.

Asimismo, se vislumbran fronteras más lejanas, que han transitado por otros caminos históricos que es importante conocer para entablar un diálogo, necesario en la era de la mundialización de las comunicaciones.



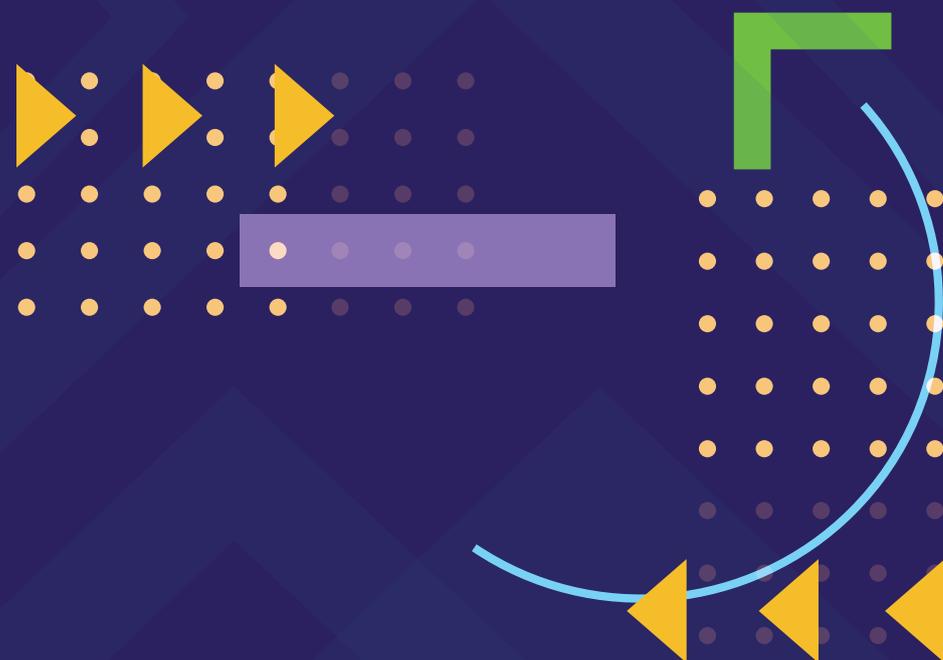
MÉXICO Y OTRAS FRONTERAS 1920-2015:
HISTORIA Y PENSAMIENTO ECONÓMICO

ESPERANZA FUJIGAKI, ADRIÁN ESCAMILLA
(Coordinadores)



MÉXICO Y OTRAS FRONTERAS 1920-2015: HISTORIA Y PENSAMIENTO ECONÓMICO

**ESPERANZA FUJIGAKI
ADRIÁN ESCAMILLA**
(Coordinadores)



AUTORES:

Martha Guerrero, Liliana Bernal, Dulce Fuentes, Xóchitl García, José Abel Ogaz, Jesús Méndez, Julieta Martínez, Fernando García, Esperanza Fujigaki, Diana López, Maribel García, Aleyda Jiménez, Adrián Escamilla, Juan Odisio, Marcelo Rougier, Carlos Tello.

ISBN 978-607-30-3456-2



9 786073 034562



MÉXICO Y OTRAS FRONTERAS: 1920-2015
Historia y pensamiento económico

MÉXICO Y OTRAS FRONTERAS: 1920-2015
Historia y pensamiento económico

ESPERANZA FUJIGAKI y ADRIÁN ESCAMILLA
(coordinadores)



Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Economía
México, 2020



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Luis Graue Wiechers *Rector*
Leonardo Lomelí Vanegas *Secretario General*
Mónica González Contró *Abogada General*
Luis Álvarez Icaza Longoria *Secretario Administrativo*
Alberto Ken Oyama Nakagawa *Secretario de Desarrollo Institucional*
Raúl Arcenio Aguilar Tamayo *Secretario de Prevención y Atención
a la Seguridad Universitaria*

FACULTAD DE ECONOMÍA

Eduardo Vega López *Director*
Lorena Rodríguez León *Secretario General*
María del Carmen Aguilar Mendoza *Secretaria Administrativa*
Juan M. M. Puig Llano *Coordinador de Publicaciones*

Este libro se inscribe en el Proyecto PAPIIT “México de 1930 a 2010: el contexto internacional y su impacto en la economía, la industria y el pensamiento económico”, con el número IN402917 de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM.

D.R. © 2020, Facultad de Economía,
Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.

Diseño de portada: MARÍA FERNANDA ROMERO RODRÍGUEZ

Primera edición: 14 de septiembre de 2020

ISBN: 978-607-30-3456-2

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico.

“Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización por escrito de los autores”

Contenido

<i>Agradecimientos</i>	9
INTRODUCCIÓN	11
PARTE I	
PENSAMIENTO ECONÓMICO Y POLÍTICO	23
<i>La participación de Alberto J. Pani en la reconstrucción económica nacional</i> Martha Beatriz Guerrero Mills	25
<i>La relación entre el Fondo de Cultura Económica y el Estado mexicano. Una mirada cultural a la política económica, 1934-1982</i> Liliana Bernal con la colaboración de Dulce Fuentes	69
<i>El fomento a la educación técnica nacional. Las aportaciones de Gonzalo Robles y Manuel Bravo Jiménez desde la Oficina de Investigaciones Industriales 1945-1960</i> Xóchitl García Vázquez	99
<i>México y el principio de autodeterminación durante la Guerra Fría</i> José Abel Ogaz Pierce	139
PARTE II	
FRONTERA NORTE: INTEGRACIÓN Y DESARROLLO	189
<i>Los perímetros y la zona libre en la frontera norte de México. Aportes a la historia económica de Baja California a través de algunos estudios de caso (1885-1933)</i> Jesús Méndez Reyes	191

<i>Industrialización y maquiladoras en la frontera norte de México: Ciudad Juárez y Tijuana</i> Julieta Martínez Cuero y Roberto Fernando García Ramírez	253
PARTE III INDUSTRIA Y POLÍTICA INDUSTRIAL	299
<i>La estructura y la política industrial en México: 1940-1970. De la Segunda Guerra Mundial a los años dorados del capitalismo</i> Esperanza Fujigaki Cruz	301
<i>La economía mexicana en los años setenta del siglo XX: la estrategia de liberalización comercial</i> Diana López Hernández	347
PARTE IV CAMBIOS DE FIN DE SIGLO: SERVICIOS Y FINANZAS	399
<i>Crisis, reestructuración y cambios en el sector terciario en México, 1982-2012</i> Maribel García Elizalde	401
<i>Origen y evolución de la banca sombra en México (1994-2010). El caso de las Sofomes</i> Patricia Aleyda Jiménez con la colaboración de Adrián Escamilla	435
PARTE V OTRAS FRONTERAS	485
<i>Instituciones, ideas y desarrollo. Los militares y la industrialización en Argentina durante el siglo XX</i> Juan Odisio y Marcelo Rougier	487
<i>Rusia, los años recientes</i> Carlos Tello	559

Instituciones, ideas y desarrollo. Los militares y la industrialización en Argentina durante el siglo XX

JUAN ODISIO Y MARCELO ROUGIER¹

Introducción

Dada la importancia que el sector militar tuvo en la vida política argentina durante todo el transcurso del siglo pasado, numerosas investigaciones se han abocado a estudiar su historia, como asimismo distintos aspectos de su doctrina y su acción en diversos campos.² Sin embargo, hay una cuestión que ha sido abordada de manera fragmentaria, y que se refiere a las consideraciones que desde las fuerzas armadas se desplegaron en torno al desarrollo económico del país; en particular, respecto a la necesidad de contar con una poderosa industria básica, y asociado a ello, de una importante producción minera.

Sucede que, aunque no siempre sea debidamente reconocido, entre los principales actores del proceso industrializador en la Argentina debe ubicarse a la burocracia estatal industrialista, muchos de ellos profesionales —en su mayoría ingenieros— incor-

1 CONICET-UBA. Argentina.

2 Hasta la fecha, los estudios más importantes sobre las fuerzas armadas y su actuación política durante el siglo XX en Argentina siguen siendo los cuatro volúmenes de *El ejército y la política en la Argentina* de Robert Potash y los dos de *Poder militar y sociedad política en la Argentina* de Alain Rouquié.

porados a las empresas públicas o direcciones vinculadas al quehacer industrial, aspecto sobre el que existen algunos trabajos, aunque embrionarios.³ En particular, los militares fueron activos promotores de la industrialización y actores destacadísimos en el período de la industrialización sustitutiva de importaciones, en especial, al punto de haberse comportado como verdaderos “empresarios de uniforme”.⁴ Funcionarios militares controlaban no sólo las fábricas y dependencias de los propios organismos de defensa, sino también grandes empresas industriales, como Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), el enorme *holding* de la Dirección General de Fabricaciones Militares (DGFM), la siderúrgica Sociedad Mixta Siderurgia Argentina (SOMISA), Industrias Aero-náuticas del Estado (IAME), o los Astilleros y Fábricas Navales del Estado (AFNE), por ejemplo, que se encontraban entre las firmas más grandes del país y fueron claves para el desenvolvimiento fabril del siglo XX.⁵

3 Jorge Schvarzer, “Empresas públicas y desarrollo industrial en Argentina”, *Economía de América Latina*, núm. 3, 1979.

4 Lesser, Ricardo y Panaia, Marta, “Las estrategias militares frente al proceso de industrialización 1943-1947”, en Marta Panaia, Ricardo Lesser y Pedro Skupch, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. 2, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973; de Paula, Alberto, Martín, María y Gutiérrez, Ramón, *Los ingenieros militares y sus precursores en el desarrollo argentino (1930-1980)*, DGFM, Buenos Aires, 1980; Rougier, Marcelo, “El Complejo Militar-industrial, ‘núcleo duro’ del Estado empresario y la industrialización en la Argentina”, en Andrés Regalsky y Marcelo Rougier (eds.), *Los derroteros del estado empresario en la Argentina. Siglo XX*, Eduntref, Buenos Aires, 2015.

5 Sobre YPF, puede verse Silenzi de Stagni, Adolfo, *El petróleo argentino*, Colección Problemas Nacionales, Buenos Aires, 1955; Kaplan, Marcos, *Petróleo, Estado y políticas públicas en Argentina*, Síntesis dos mil, Caracas, 1972; y Gadano, Nicolás, *Historia del petróleo en la Argentina, 1907-1955: desde los inicios hasta la caída de Perón*, Edhasa, Buenos Aires, 2006. Sobre la DGFM: Torino, Manuel, *Dirección General de Fabricaciones Militares: un pilar industrial del país*, Universidad Católica de Salta, Salta, 2003; Belini, Claudio, “La Dirección General de Fabricaciones Militares y su papel en la industrialización de posguerra”, en Marcelo Rougier (dir.), *Políticas de*

Gracias a investigaciones recientes, han comenzado a ser exploradas las realizaciones derivadas de la “mentalidad industrial militar”, en parte importante como resultado de los estudios más amplios que han recalado en la importancia del Estado empresario en el desarrollo de la industria argentina del siglo xx.⁶ En ese sentido un aspecto específico de la intervención estatal en el período fue la creación y control de empresas públicas en el ámbito manufacturero, un proceso que fue avanzando desde las primeras décadas del siglo pasado hasta la década de 1980. Así, a los estudios tradicionales sobre los emprendimientos militares más importantes se han sumado nuevas perspectivas; incluso se ha procurado avanzar con algunas visiones de largo plazo sobre

promoción y estrategias empresariales en la industria argentina, 1950-1980, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2007; o Rougier, Marcelo, “El fracaso del Estado Empresario. La Dirección General de Fabricaciones Militares y el desarrollo de la metalurgia del cobre, 1941-1955”, *Anuario IHES*, núm. 25, 2010. Para IAME: Angueira, María y Tonini, Alicia, *Capitalismo de Estado (1927-1956)*, CEAL, Buenos Aires, 1986; Picabea, Facundo, *Apogeo, inercia y caída del proyecto metalmecánico tecno-nacionalista. El caso de Industrias Mecánicas del Estado (Argentina 1952-1980)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2011; Raccanello, Mario, “Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado y la lógica de la política económica peronista”, *América Latina en la historia económica*, vol. 20, núm. 2, 2013, Raccanello, Mario y Rougier, Marcelo, “Tractores y mitos del Estado empresario peronista”, en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la industria argentina*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2014. Acerca de SOMISA, Castiñeiras, Pedro, *Evolución de la Sociedad Mixta Siderurgia Argentina. Unidad Fundamental del Plan Siderúrgico Argentino*, SOMISA, Buenos Aires, 1964 o; Villanueva, Roberto, *Historia de la siderurgia argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 2008. Finalmente, para AFNE, Russo, Cintia, “The Role of Military Managers in State-Owned Companies in Argentina. Astilleros y Fábricas Navales del Estado (1953-1986)”, en Daniela Felisini (ed.), *Reassessing the Role of Management in the Golden Age. An International Comparison of Public Sector Managers 1945-1975*, Palgrave Macmillan, Cham (Suiza), 2017.

6 Regalsky, Andrés y Rougier, Marcelo (eds.), *Los derroteros del estado empresario en la Argentina*. op. cit Belini, Claudio y Rougier, Marcelo. *El Estado empresario en la industria argentina*, Manantial, Buenos Aires, 2008.

el papel de los militares en el desarrollo industrial del país.⁷ En particular, el tema recobró cierto interés en los últimos años de la mano de la ampliación de la perspectiva de la historia de empresas y de que, entre 2011 y 2015, se intentó una reactivación –aunque tibia y limitada– de esa experiencia, mediante la conformación de un “Polo Industrial-Tecnológico para la Defensa” con los remanentes de las fábricas militares que aún quedaban en manos del Estado.⁸

Por otra parte, la experiencia histórica ha mostrado que la presencia de militares se extendió no sólo en aquellos repetidos períodos en que ocuparon directamente el poder del Estado, sino también al ámbito de empresas públicas como interventores y directores, y a aquellas empresas jurídicamente privadas donde el Estado participaba mayoritaria o minoritariamente, como por ejemplo Industrias Kaiser Argentina (IKA), Atanor o SIAM.⁹ De tal modo, hubo numerosos emprendimientos de importancia en la industria de base donde los militares tuvieron destacada actuación o impulsaron su instalación, aunque no fueran sus actores principales o exclusivos, como en la industria del aluminio, la química básica y la petroquímica, entre otros.¹⁰

- 7 Scheetz, Thomas, “Military Business in Argentina”, en Jörn Brömmelhörster y Wolf-Christian Paes (eds.), *The Military as an Economic Actor. Soldiers in Business*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003; Rougier, “El Complejo Militar-industrial...” *op. cit.*
- 8 Rougier, Marcelo, Odisio, Juan, Raccanello, Mario y Sember, Florencia, *Los desafíos del Estado emprendedor: el Polo Industrial-Tecnológico para la Defensa*, AESIAL-DT 4, FCE-UBA, Buenos Aires, 2016.
- 9 Respectivamente, puede verse McCloud, James F., *Del Jeep al Torino: la historia de IKA, primera planta automotriz integrada de Sudamérica*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2015; Belini y Rougier, *op. cit.*, cap. 1; Rougier, Marcelo y Schvarzer, Jorge, *Las grandes empresas no mueren de pie. El (o) caso de SIAM*, Norma, Buenos Aires, 2006.
- 10 Rougier, Marcelo, *Estado y empresarios de la industria del aluminio en la Argentina: el caso ALUAR*, UNQui, Buenos Aires, 2011; Pampin, Graciela, “Acciones y reacciones en la industria química. Políticas públicas y empresarios: El caso Alpat”, en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la*

Los representantes de los “empresarios militares”, se instalaron asimismo en las cámaras empresarias –por ejemplo, en la de industrias siderúrgicas o metalúrgicas– y también en los directorios de empresas privadas, en ocasiones convocados por los propios empresarios y propietarios como una forma de coordinar la producción o mejorar sus canales y posibilidades de acción frente al poder público, fuera o no un gobierno militar. Esta significativa presencia dio origen y realimentó una serie de relaciones muy estrechas entre los dirigentes militares y los industriales, y con los centros científicos y tecnológicos que en muchos casos dependían de su apoyo financiero. Se conformó de este modo un tipo de empresario especial que no llegaba a los sillones de los directorios necesariamente por su actuación profesional (militar) o a partir de los derechos de propiedad. Los directores y funcionarios de este grupo de empresas, junto con otras estatales, conformaron una verdadera clase gerencial diferenciada de aquella perteneciente al sector privado (aunque absorbiendo y modificando los comportamientos de la burguesía industrial) por sus modos de reclutamiento y los intereses específicos de las compañías que manejaron, o incluso por estar menos espoleados a la consecución de beneficios de corto plazo.¹¹

Finalmente, un campo bastante menos explorado se refiere al pensamiento de los militares que impactó sobre las definiciones de política industrial, a pesar de que el problema de la “mo-

industria argentina, op.cit. Odisio, Juan, “El Complejo Petroquímico de Ensenada: la última apuesta del Estado empresario argentino”, en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la industria argentina*, vol. 3, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2013; Odisio, Juan, “Del fervor a la indolencia: Estado empresario y sustitución compleja de importaciones. La industria petroquímica básica argentina entre 1967 y 1993”, en Andrés Regalsky y Marcelo Rougier (eds.), *Los derrotados del estado empresario*, op. cit.

- 11 Víctor Testa, *Aspectos económicos de la coyuntura actual (1973-1975)*, Cuadernos del CICSO, Serie Polémica, núm. 5, Buenos Aires, 1975; Jorge Schvarzer, “Las empresas más grandes de la Argentina. Una evaluación”, *Desarrollo Económico*, vol. 17, núm. 66, 1977.

vilización industrial” se hallaba presente en las preocupaciones de la oficialidad desde finales del siglo XIX. En paralelo al creciente intervencionismo, se extendió entre los oficiales la idea de que el Estado, a través de las fuerzas armadas, debía tener mayor protagonismo en el desarrollo de la industria, y no sólo en tiempos de guerra. Ello explica que durante la primera posguerra comenzaran a aparecer las primeras fábricas militares. Militares nacionalistas como los generales Enrique Mosconi (1877-1940) y Alonso Baldrich (1870-1956), el capitán-ingeniero Juan San Martín (1904-1966) y, especialmente, Manuel Savio (1892-1948) fueron los principales impulsores de la industria militar durante la primera mitad del siglo XX.¹² Ellos fueron los artífices fundamentales para que YPF, la Fábrica Militar de Aviones y la DGMF vieran la luz en 1922, 1927 y 1941, respectivamente.

Como analizaremos en el siguiente apartado, los representantes militares del nacionalismo económico rápidamente sobrepasaron la prédica que otras figuras nacionalistas en torno a la necesidad de intervención y la planificación, convencidos de que el Estado debía participar directamente en el financiamiento y operación de industrias vitales como las fábricas de aviones y las refinerías de petróleo, además de aquellas instalaciones que el sector privado no pudiera o quisiera respaldar. Ese grupo también censuró fuertemente el poder de los *trusts* extranjeros y ello explicó la aparición del primer grupo de grandes empresas públicas industriales comandadas por militares en Argentina. La discusión respecto a la intervención estatal y el creciente consenso acerca que la industria era la clave para sortear las acechanzas de una economía incierta y hostil que encontró numerosas

12 Davis, Pablo Julián, *Argentine Military Industrialism: Army, State and Industry from 1918 to 1955*, Tesis de Doctorado, Johns Hopkins University, Baltimore, 1991; Rougier, Marcelo y Odisio, Juan, *Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos. Las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2018.

ramificaciones después de la crisis mundial desatada en 1929, al compás de los cambios operados en la dinámica del capitalismo internacional, que supusieron una profundización de las restricciones comerciales y de los flujos de capitales. Internamente, el poder político de los militares industrialistas se afianzó con el golpe militar que derrocó a Hipólito Yrigoyen en septiembre de 1930: no casualmente en esa década surgieron numerosas fábricas militares que quedaron bajo conducción de Savio. Sus prescripciones se enmarcaban en las tareas de “movilización industrial”, ampliamente difundidas en Europa a partir de la Primera Guerra Mundial.

La literatura disponible ha señalado que estas ideas fueron luego recogidas durante la primera experiencia peronista: las concepciones castrenses sobre la importancia del mercado interno o el tipo de industrias que se debían desarrollar hallaron eco entre los funcionarios y empresarios, al menos durante los primeros años de ese gobierno.¹³ Además de los trabajos ya mencionados, algunos autores han avanzado también sobre tópicos particulares, como la cuestión energética específicamente o, desde una perspectiva más sociológica, sobre el “tecno-nacionalismo” presente en los proyectos impulsados por los militares, en particular durante ese período.¹⁴

13 Rougier, Marcelo, *La economía peronista. Una perspectiva histórica*, Sudamericana, Buenos Aires, 2012; Belini, Claudio, *Convenciendo al capital. Peronismo, burocracia, empresarios y política industrial, 1943-1955*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014.

14 Sobre el problema de la energía, véase Pontoriero, Gustavo, “Formación y participación de una élite técnica estatal en el diseño de la política petrolera argentina: la Secretaría de Energía, el Consejo Nacional de Desarrollo y el Plan Trienal (1974-1977)”, en Cristina Lucchini y Ángel Cerra (coords.), *Política petrolera peronista (1973-1976)*, Biblos, Buenos Aires, 2010; y Pontoriero, Gustavo, “Fuerzas Armadas y desarrollo energético en la Argentina: el papel de la Marina de Guerra en la primera mitad del siglo xx”, *H-industri@. Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina*, año VI, núm. 10, 2012. Sobre el tecno-

Más tarde, las ideas vinculadas a la defensa nacional fueron de algún modo reformuladas y apareció en el discurso militar la obligación de que las fuerzas armadas debían comprometerse con el avance de la economía nacional, lo que pasó a ser considerado como condición necesaria para garantizar la seguridad del país. Desde este punto de vista, la “doctrina de la seguridad nacional” de la década 1960 recogió, por un lado, el influjo de las amplias discusiones sobre el desarrollo económico, entonces en boga, y por otro, la prédica de los economistas argentinos, que en esos años plantearon diversas alternativas para el modelo de industrialización sustitutiva. Como veremos, los exponentes más destacados de esta vertiente del “desarrollismo autoritario” fueron los generales Juan Guglielmelli (1928-1983) y Osiris Villegas (1916-1998) y el comodoro Juan José Güiraldes (1917-2003).¹⁵

Por último, cabe mencionar que los proyectos industriales de los militares argentinos tuvieron su apoteosis con su misma suerte corporativa y política, como no podía ser de otra forma. Así, después de la última dictadura cívico-militar comenzó su transformación y progresivo desmantelamiento. A partir de mediados de la década de 1980 el otrora poderoso “complejo militar-industrial” fue privatizado casi por completo, a la vez que la voz de las fuerzas armadas fue quedando fuera de este espectro,

nacionalismo: Picabea, *op. cit.*, 2011; Artopoulos, Alejandro, *Tecnología e innovación en países emergentes: la aventura del Pulqui II (1947-1960)*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2012.

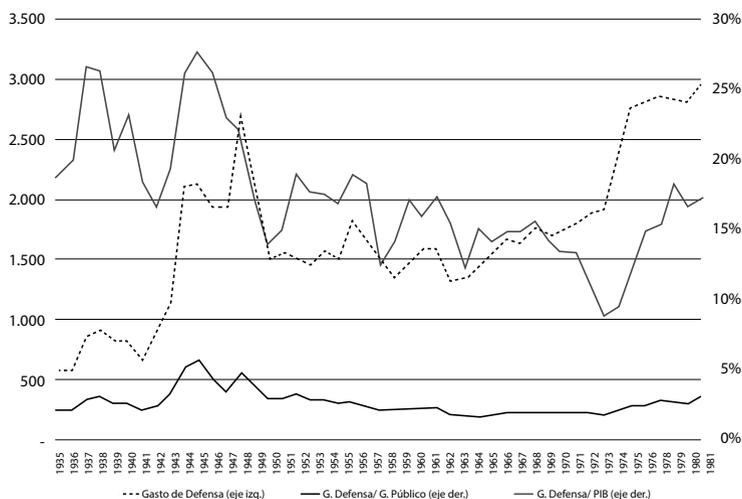
- 15 Winsor, Curtin, *The National Security and Armament Policies of Argentina*, Tesis de Doctorado, The American University, Washington DC, 1971; Snow, Peter, “Desarrollo económico y seguridad nacional en el régimen militar argentino”, *Estudios Internacionales*, vol. 5, n° 20, 1972; Jaramillo, Ana, “Presentación”, en *Pensar con estrategia. Juan Enrique Guglielmelli en la revista “Estrategia”*, UNLa, Buenos Aires, 2007; Pontoriero, Gustavo, “Las Fuerzas Armadas y la política económica del gobierno de Arturo Frondizi”, en Marcelo Rougier y Juan Odisio (coords.), *Estudios sobre Planificación y Desarrollo*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2016.

como en todos los otros, de la vida intelectual y social del país.¹⁶

En una primera aproximación general, de acuerdo con los datos disponibles (Gráfico 1) se puede verificar que el gasto en defensa en Argentina, en valores constantes, tuvo una importante expansión en la década de 1940, mientras que en las dos décadas siguientes mostró relativa estabilidad y en la de 1960 volvieron a incrementarse los montos del presupuesto destinados a la función militar. Con todo, el gasto en defensa tendió a decaer en el largo plazo sobre el gasto del gobierno federal: pasó de representar más de un cuarto del total a mediados de la década 1940, a menos de 10% treinta años más tarde. De manera similar, con relación al producto del país, el porcentaje osciló entre un máximo que superó 5% en 1944 y 1945 y un mínimo de 1.6% en 1964 y 1965.

16 Ernesto López, "La industria militar argentina", *Nueva Sociedad*, n° 97, septiembre- octubre de 1988; Solingen, Etel, "Growth and decline of the military-industrial complex: The cases of Argentina and Brazil", *International Politics*, vol. 35, núm. 1, 1998; Toledano, Roulhac d'Arby, *The rise and fall of the Argentine military industrial complex: Implications for civil-military relations*, Tesis de Doctorado, Tulane University, Nueva Orleans, 2000.

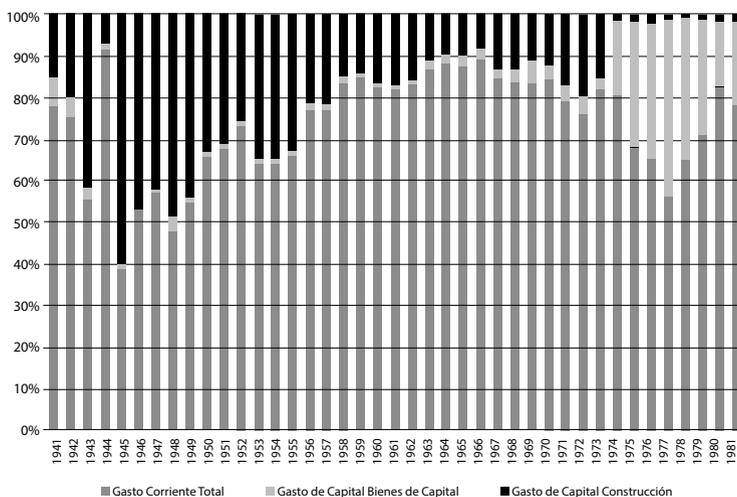
Gráfico 1: Gasto en Defensa (pesos constantes), y porcentaje sobre Gasto Público Total y PIB, 1935-1981



Fuente: elaboración propia sobre datos de Carranza (1983).

Más en línea con los objetivos de este capítulo, si se considera el aporte del presupuesto militar a la inversión, puede verse que el mismo se destinó en su mayor parte a erogaciones corrientes (Gráfico 2). En promedio, los gastos corrientes ocuparon dos tercios del total del gasto militar entre 1940 y 1980, siendo el principal rubro el correspondiente a la partida de pagos al personal. Por el contrario, hasta finales de la década de 1960, el gasto en bienes de capital representó menos de 5% del total del presupuesto de defensa, aunque mostró un auge posterior muy marcado. Con todo, la inversión física militar (la suma del gasto en compra de bienes de capital y construcción) representó una parte menor de la inversión bruta interna del país: entre 1958 y 1974 el gasto militar aportó cerca de 1.5% del esfuerzo de inversión total, aunque llegó a representar 4% hacia 1977.

Gráfico 2: Porcentajes del Gasto Corriente y de Capital en el presupuesto de Defensa, 1941-1981



Fuente: elaboración propia sobre datos de Carranza (1983).

En suma, el objetivo principal de este trabajo es el de vincular las dos cuestiones que hemos señalado brevemente, y que hasta ahora han sido investigadas de manera independiente: por un lado, las ideas y las discusiones que los sectores militares sostuvieron sobre la necesidad del desarrollo industrial de la Argentina durante el siglo XX y las materializaciones que dicha prédica encontró en numerosos emprendimientos productivos, por el otro.

Con tal fin, procuraremos reconstruir en el largo plazo tanto los discursos de las fuerzas armadas que, partiendo de la preocupación por la defensa y la seguridad nacional, hallaron en la industria —en particular, en las ramas básicas— un interés fundamental, como de las sucesivas realizaciones en fábricas militares, proyectos y participación en empresas manufactureras, que llevaron a la conformación de un particular “complejo militar-in-

dustrial” argentino a partir de la Primera Guerra Mundial, y que transformaron a los militares en actores de primer orden dentro del sector industrial argentino en ese período hasta su caída en desgracia en la década de 1980.

El período de entreguerras

Conmovidos por la Guerra, la Revolución Rusa y los sucesos locales de la Semana Trágica y luego de la Patagonia, muchos intelectuales argentinos, en gran parte hombres destacados de la cultura, comenzaron a cuestionar severamente a la democracia liberal, mientras prestaban atención a nuevas formas de representatividad política que se desarrollaban en Europa. No pocos emprenderían el camino del nacionalismo autoritario tomando como modelo las ideas de Charles Maurras y las experiencias corporativistas y fascistas de España, Italia y Portugal. Las expresiones aisladas de algunas personalidades destacadas del mundo cultural –como los escritores Manuel Gálvez o Leopoldo Lugones– fueron adquiriendo articulación colectiva en la década de 1920 bajo la forma de organizaciones como la Liga Patriótica o, hacia fines de la década, en torno de algunas publicaciones periódicas y agrupaciones políticas que fueron importantes gestores y portavoces en el golpe cívico-militar de septiembre de 1930.¹⁷

En estas manifestaciones políticas la industria tenía un papel destacado en función de la “independencia económica” que reclamaba la postura nacionalista. Estas preocupaciones encontraron manifestación en algunas dependencias estatales. Ciertamente, puede identificarse una especie de nacionalismo “burocrático” o “de profesión” en determinados sectores de la estruc-

17 Barbero, María Inés y Fernando Devoto, *Los nacionalistas*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.

tura administrativa del Estado, y en particular entre diversos representantes de las fuerzas armadas. En parte importante, las inquietudes militares se referían a las dificultades para alcanzar el aprovisionamiento frente a situaciones de conflicto, como las vividas con la Primera Guerra Mundial. En ese sentido, ya en 1921 el general José Félix Uriburu (quien encabezó luego la asonada contra Hipólito Yrigoyen) mencionaba la necesidad de adquirir materiales y armamentos para “resolver la independencia económica”.¹⁸

De hecho, algunos oficiales del Ejército y la Marina contribuyeron decididamente a la formación de este grupo de ideas favorables a la industrialización como forma de asegurar la “defensa nacional”. El escaso interés por la producción de insumos básicos durante los años de expansión de la economía agroexportadora fue contrastado por un grupo pequeño de militares, muchos de ellos agrupados en el Comando de Ingenieros, que propugnaba por la industrialización y una mayor independencia económica. Desde allí surgieron incluso algunas iniciativas puntuales. La más significativa fue, sin dudas, la creación en 1922 de YPF, que quedaría bajo la dirección del coronel Enrique Mosconi, un militar que apostaba al desarrollo de una industria petrolera estatal integrada y pretendía “romper con los *trusts*” extranjeros que controlaban esa producción.

Paralelamente, la Marina había impulsado estudios sobre la posibilidad de utilizar carbón nacional para movilizar sus buques de guerra. Poco después de la creación de YPF, el teniente de navío Melchor Escola planteaba la urgente necesidad de asegurar el control de los recursos minerales estratégicos para la defensa:

18 José Uriburu, “La renovación del material bélico”, *La Nación*, 27 de enero de 1921.

Sólo una exploración sistematizada del subsuelo por el Gobierno podrá conducirnos a situaciones reales y efectivas tal como son reclamadas por la industria, la economía general y la defensa nacional. Sin carbón y sin hierro, y dentro de la relativa capacidad económica del país, la acumulación de material guerrero, cualesquiera sea su importancia, conduciría fatalmente a una 'impasse' a poco que el resultado de una campaña no se desarrolle en las condiciones previstas. La capacidad de resistencia de la Nación se encuentra disminuida sin estos elementos esenciales. Si el país no tuviera carbón y hierro explotable económicamente en tiempo de paz, lo tiene indiscutiblemente menos para ser explotado en tiempo de guerra. Hay por lo menos que empezar por prever esta eventualidad.¹⁹

Más tarde, el coronel Luis Vicat sostendría en una conferencia el "bastarse a sí mismos" como base para la independencia económica, una idea vinculada a la defensa nacional y que había sido lanzada a la discusión por el ingeniero Alejandro Bunge y el grupo vinculado a la influyente *Revista de Economía Argentina*, aunque el militar enfatizaba que el Estado debía promover una industria nacional del hierro y el acero.²⁰

En ese contexto, en 1927 el gobierno radical se pronunció por la nacionalización de los yacimientos petrolíferos y el monopolio de su industrialización y comercialización por el Estado y envió a las cámaras proyectos de ley en ese sentido. En los intercambios, el yrigoyenismo pareció acentuar dentro de sus postulados las posiciones nacionalistas. El nacionalismo energético también formaba parte de las preocupaciones de algunos industriales y militares. Desde las filas del Ejército, Alfonso Baldrich, ex administrador de los yacimientos petroleros de Comodoro Ri-

19 Melchor Escola, "El carbón fósil y el petróleo en la costa patagónica", *Boletín del Centro Naval*, núm. 443, noviembre-diciembre, 1923.

20 Vicat, Luis, "Necesidad de una metalúrgica propia como elemento indispensable para asegurar la defensa nacional", *Revista Militar*, núm. 26, 1925; y Vicat, Luis, "La verdadera defensa nacional y el bastarse a sí mismos. Conferencia pronunciada por el coronel Luis Vicat el 17 de julio de 1925 en el Círculo Militar", *Anales de la UIA*, núm. 788, agosto, 1936.

vadavia (provincia de Chubut), confirmaba en 1927 la posición del nacionalismo económico:

La República Argentina, sin perseguir hegemonías comerciales ni imposición de tutelajes, tendrá, mediante la propiedad nacional de su petróleo, uno de los elementos básicos de su defensa nacional, y el control del Estado en su explotación y distribución asegurará la tranquilidad necesaria a su progreso, exento de complicaciones enojosas, para llegar a su bienestar con la fuente de una riqueza nueva, que será prosperidad económica en los mil usos industriales, agrícolas y domésticos, en los transportes aéreos, ferroviarios, marítimos y carreteros, que son los principales medios de distribución de las riquezas.²¹

Esta idea era también compartida por Mosconi, quien antes se había pronunciado por un “monopolio mixto”, pero que en 1928 señalaba que no había “otro camino que el monopolio del Estado pero en forma integral, es decir, en todas las actividades de esta industria: la producción, la elaboración, el transporte y el comercio..., sin monopolio del petróleo es difícil, diré más, es imposible para un organismo del Estado vencer en la lucha comercial las organizaciones del capital privado”.²²

En 1929, Luis Colombo (presidente de la UIA, Unión Industrial Argentina, entre 1926 y 1946) publicó un libro donde condensaba las principales ideas y demandas de los empresarios fabriles del momento. Entre otras consideraciones, en su enérgico ¡Levántate y anda! Colombo proponía impulsar industrias que garantizaran insumos estratégicos, en claro guiño a las preocupaciones de algunos militares y del nacionalismo: “lo menos que puede hacerse en defensa de nuestra industria metalúrgica es aprovechar de eso que llamaremos «mina flotante» representada

21 Citado en Pontoriero, “Fuerzas Armadas y desarrollo energético...”, *op. cit.*, p. 14.

22 Reproducido en *La Prensa*, 19 de marzo de 1928.

por todo lo que es fierro y acero viejo cuya salida del país debe evitarse en beneficio del trabajo nacional".²³

Con la llegada del gobierno militar, estas figuras encontraron un mayor margen de acción y muchos tuvieron injerencia directa sobre la conducción económica, que —en términos generales— fue amplificando las políticas intervencionistas sobre los mercados. Colombo, que había tenido participación personal en el golpe militar, se quejaba en una conferencia pronunciada en el Círculo Militar que hasta la irrupción del Gobierno Provisional no se había hecho nada para estimular la industria.²⁴ El dirigente aspiraba a desarrollar una política industrial exitosa, inspirada en la Italia mussoliniana, que “sin minerales y sin carbón, ni petróleo ni leña como combustible, crea sobre la base de la protección una gran industria siderúrgica, que alimenta una poderosa industria metalúrgica”. Y en un nuevo guiño a los militares y nacionalistas en el poder sostenía que “la industria propia, grande, diversificada y progresiva, es imprescindible para que las Fuerzas Armadas sepan siempre y en cualquier momento, que al dolor de una guerra no se agregará la falta de elementos que haga peligrar la victoria. Ejércitos y armada que deban esperar del extranjero el material bélico que les es indispensable, son fuerzas vencidas de antemano”.²⁵

En paralelo al creciente intervencionismo, se extendió entre los militares la idea de que el Estado, a través del Ejército, debía tener mayor protagonismo en el desarrollo de la industria, y no sólo en tiempo de guerra. Como acertadamente señaló Carl Solberg, los representantes del nacionalismo económico del Ejército

23 Colombo, Luis, *¡Levántate y anda!*, Buenos Aires, Gleizer, 1929, pp. 143-144.

24 Algunos años después reconocería que sólo a partir de 1931 se había procurado mejorar la situación industrial del país (*REA*, núm. 268, octubre de 1940).

25 Colombo, Luis, “La industria en la paz y en la guerra”, *Revista Militar*, octubre, 1931, p. 565.

pronto avanzaron más lejos que las figuras civiles (como Bunge o Lugones), convencidos de que el Estado mismo debía intervenir en el financiamiento y operación de industrias vitales como las fábricas de aviones y las refinerías de petróleo, además de aquellas instalaciones que el sector privado no pudiera o quisiera respaldar.²⁶ Mientras que parte importante de los nacionalistas no habían sido particularmente críticos del capital extranjero, algunos militares vinculados a la cuestión petrolera como Mosconi y Baldrich criticaron fuertemente el poder de los *trusts* extranjeros y sostuvieron que los sectores industriales clave debían ser financiados exclusivamente por capitales locales.

El militar más enérgico en la defensa de posiciones industrialistas fue el teniente coronel Manuel Savio, quien durante el gobierno de Uriburu promovió la creación de la Escuela Superior Técnica del Ejército Argentino. Esta Escuela tenía el propósito de formar oficiales especializados en el tratamiento de los materiales de guerra y obtener un panorama concreto de la “industria y nuestras fuentes de recursos, en forma tal que el país pueda, progresiva y racionalmente, resolver sus propios problemas relativos a la defensa nacional, con independencia del extranjero en todo lo que sea posible”.²⁷ Poco tiempo después, escribió un tratado en el que, tras remarcar el deterioro en el suministro de material que resultó de la PGM y la depresión, propuso garantizar la “defensa nacional” mediante el desarrollo de la industria local. “Actualmente, para determinar la capacidad guerrera de una Nación –decía– no hay que olvidar el número de talleres y su valor industrial para adaptarse a las fabricaciones bélicas; la cantidad y calidad de los ingenieros y químicos; las fuentes de recursos materiales, combustibles, minerales, alimentos”.²⁸

26 Solberg, Carl, *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1982.

27 Reproducido en de Paula, Martín y Gutiérrez, *op. cit.*, p. 20.

28 Savio, Manuel, *Obras del General Manuel N. Savio*, Somisa, Buenos Aires, 1973, p. 20.

Con el propósito de aportar materiales para un nuevo curso sobre “Organización Industrial”, Savio escribió en 1933 un documento en el que resumía lo abordado en las clases de ese año. El trabajo tenía carácter “reservado”, y podía considerarse una primera aproximación para “estudiar el organismo de la Movilización Industrial... en el caso de que la *Superioridad* le asignase una importancia mayor”, según consta en su introducción. La hipótesis de una guerra y las enseñanzas derivadas del conflicto mundial de 1914 son claramente la inspiración de la obra.²⁹ Para lograr la “movilización” en favor de la “defensa nacional”, Savio preveía la conformación de un Consejo constituido por el gabinete de ministros y una Comisión de Defensa Nacional donde participarían las autoridades militares, de obras públicas, transportes y comunicaciones, y representantes de las actividades productivas. En tiempos de guerra una “gran empresa” centralizaría la producción militar y civil que fuese necesaria para proveer los materiales destinados a la defensa.

Las tareas de “movilización industrial” serían llevadas adelante por una subcomisión específica encargada de utilizar los recursos industriales destinados a las fuerzas armadas en el pasaje de una situación de paz a otra de guerra. Esa subcomisión estaría a cargo de las diferentes actividades productivas organizadas a través de “distritos industriales” y un “Plan industrial”,

29 La “movilización industrial” tuvo orígenes en la Primera Guerra Mundial pero su importancia creció en los años siguientes favorecida por el ambiente bélico que caracterizó a la Europa de la Paz Armada. Como apunta San Román, “aunque en muchos países desaparecieron los mecanismos de control creados para el conflicto, todos apostaron por la creación de organismos permanentes que se encargaran de la organización industrial de las futuras guerras. En términos generales, sus principales tareas consistieron en el estudio de la capacidad industrial de sus territorios, de sus posibilidades de transformación en caso de conflicto y en la obtención de productos esenciales”, San Román, Elena, “De la Gran Guerra a la Guerra Civil: el nacimiento de la Movilización Industrial”, *Circunstancia*, núm. 19, mayo, 2009.

destinado a definir las grandes líneas de fabricaciones de guerra. Las actividades industriales eran incluidas en una veintena de grupos, desde la producción de municiones y explosivos hasta combustibles, fundiciones, maquinaria y materiales eléctricos.

Bajo un contexto signado por el deterioro del escenario internacional y el estallido de la Guerra del Chaco, la preocupación por la “movilización industrial” y la modernización del Ejército fue asumida por el gobierno del general Agustín Justo (1932-1938).³⁰ En diciembre de 1936, Savio fue designado Director de Fábricas Militares, con autoridad sobre la Fábrica Militar de Aviones (FMA) y un pequeño conjunto de fábricas que, como veremos, se fueron insertando en el entramado industrial en el transcurso de la década. Savio elevaría en mayo de 1938 un boceto de ley para crear la Dirección General de Fabricaciones Militares, cuyos objetivos principales incluían la explotación de las materias primas básicas (hierro, cobre, plomo y otras) necesarias para garantizar la “defensa nacional”, que en ese momento no prosperó.

También el por entonces capitán ingeniero Mariano Abarca se transformaría en un claro promotor de la producción industrial, participando en distintos foros. En 1937 el militar estudiaba particularmente la capacidad técnica de la industria argentina para desarrollar la producción de maquinaria. La PGM había sido clave en el desarrollo local de la industria, como consecuencia de las transformaciones en la producción y el comercio a nivel internacional habían nacido en el país industrias “bien o mal”, “al impulso de la necesidad, sin apoyo de nadie, sin organización”, que fueron cubriendo la importación. No obstante, luego la in-

30 Además de la carrera militar, Justo se había recibido como ingeniero en la Universidad de Buenos Aires en 1904. Entre 1922 y 1928, durante el gobierno de Marcelo Alvear, se desempeñó como Ministro de Guerra e, interinamente, ocupó también los ministerios de Agricultura y de Obras Públicas.

dustria sintió los efectos de la recomposición del intercambio comercial sin ningún tipo de protección oficial. Pero los avances en los años treinta fueron, para este militar, notables: “basta echar una mirada en la Memoria del Comercio Exterior Argentino correspondiente al año 1935, para ver que nuestro país ha dejado de ser solamente un país exportador de granos y ganados”. Incluso el gobierno había ya desplegado algunas iniciativas, como la aplicación del *draw-back*, para impulsar la exportación manufacturera.³¹

Abarca destacaba la importancia de la producción industrial para la “defensa nacional”. Ella no sería posible “si no somos capaces de fabricar las máquinas porque no otra cosa son las armas y porque esa capacidad marca el índice del adelanto industrial”.³² El capitán detallaba la capacidad local para producir diversas máquinas, entre ellas destacaba los avances en la producción de maquinaria agrícola o la construcción de piezas para la industria azucarera. Más importante era la fabricación de motores que ya se desarrollaba en el país, en particular eléctricos para pequeñas potencias, pero también de combustión interna a nafta y diésel. Estos avances revelaban el grado de perfeccionamiento industrial alcanzado, lo que abría la posibilidad para mayores desarrollos. Con todo, el rubro fundamental para el impulso industrial era la fabricación de máquinas para la propia industria manufacturera: tornos, pulidoras, fresadoras, etc. En este aspecto se había logrado también un alto grado de capacidad técnica tanto en la construcción individual como en pequeñas series, permitiendo abastecer a una gran cantidad de empresas.

Abarca concluía que la industria de maquinarias y en general la industria metalúrgica tenía un arraigo genuino en el país. No se trataba de una “actividad esporádica”. La carencia de materias primas no constituía un revés imposible de superar.

31 Abarca, Mariano, “La capacidad argentina para la construcción de máquinas”, *Servir*, vol. I, núm. 7, noviembre, 1937, p. 573.

32 *Idem*.

¿Cuál era la política por seguir? Facilitar su entrada gravando, en cambio, los productos elaborados. Era fundamental modificar la tarifa aduanera para acelerar la industrialización. En este sentido, Abarca saludaba una iniciativa del gobierno que había designado una comisión destinada a estudiar las medidas necesarias para facilitar el desarrollo de la siderurgia y de la metalurgia, evitando precisamente gravar los materiales empleados en la producción local y protegiendo los productos elaborados.

Asimismo, los intereses aeronáuticos y la creciente producción de aviones durante las restrictivas condiciones de la década de 1930 contribuyeron a crear un clima favorable al desarrollo local de la cadena metalúrgica. A mediados de esa década el por entonces también capitán ingeniero Juan San Martín, quien tendría destacada actuación al frente de la FMA años más tarde, abogaba por la producción local de acero y aluminio sobre la base de los yacimientos minerales existentes en el país.³³ En 1937 consideraba que la industria aeronáutica local debía desarrollar su capacidad funcional, en particular la calidad de sus técnicos. Existía la necesidad de crear un cuerpo de individuos especializados con conocimientos profundos de ingeniería general y específicos en las ramas de la aerodinámica, el estudio de los materiales y en la termodinámica (construcción de motores). En el país se había dado un gran paso en ese sentido, al desarrollarse en la Universidad de Córdoba la carrera del ingeniero aeronáutico, precisamente en la zona donde se ubicaba la Fábrica Militar de Aviones; pero era necesario avanzar en la creación de laboratorios o institutos de investigación aeronáutica, tal como se desarrollaban en otros países (el ejemplo elegido por el militar era el de Guidonia en Italia).

33 San Martín, Juan, "Cómo se presenta el problema de la fabricación de aceros en el país. Estudio general de las condiciones sobre las cuales podría iniciarse", *Revista Militar*, 401, junio, 1934.

San Martín adjudicaba al Estado un papel clave en el desarrollo de una industria aeronáutica independiente, a la que además consideraba como “cara”: “nada desarrollará más la capacidad funcional de la industria aeronáutica argentina que su ejercitación independiente: el dinero que se gasta en ello será largamente recompensado por la economía que significa para un futuro próximo el de las construcciones propias, que estarán sin duda alguna a la altura de sus semejantes extranjeros o *en último caso de aquellas que se pueden adquirir*”.³⁴ Se trataba de una industria “pasiva” que sólo el Estado podía mantener, ya que diluía su “déficit en la totalidad de la nación”. Por esta razón necesitaba de un “ambiente popular favorable” para su desarrollo, que podía crearse a través de múltiples medidas de difusión.

Seguidamente, San Martín se dedicaba a analizar la capacidad de producción local. En primer lugar, se ubicaba la FMA que podía llegar a construir de manera integral un avión. En cuanto a los materiales, el militar prestaba especial atención a la producción de maderas; en el país se producían casi todas las variedades para su utilización en la industria, si bien destacaba el problema de la calidad de los proveedores. La capacidad de producir aceros especiales era muy limitada y dependiente del extranjero, aunque San Martín confiaba en los desarrollos que las fábricas militares pudieran hacer en el futuro. Algo similar ocurría con los metales no ferrosos, en particular con el aluminio, cuya producción estaba limitada a nivel local por la falta de yacimientos de materia prima (aunque San Martín era optimista respecto a su descubrimiento).

En definitiva, el militar aseguraba que la capacidad material para el desarrollo de la industria aeronáutica estaba ligada a la

34 San Martín, Juan, “La capacidad argentina para la construcción de aviones”, *Servir*, núm. 12, junio, 1937 p. 891

“industria de la materia prima nacional, así como la existencia de talleres que elaboren estas materias primas y entreguen a la fábrica de aviones los elementos necesarios”.³⁵ La capacidad material no era un problema de orden funcional, sino que las dificultades eran de naturaleza económica y bien podían resolverse. El país producía innumerables artículos que eran impensables pocos años antes, lo que permitía abrigar claras esperanzas respecto a las posibilidades de mayores desarrollos. En este sentido, el Ejército tenía un papel inexorable, vinculado al desarrollo de las industrias en pos de la “defensa nacional” (“y que por su carácter deben ser controladas por él”). La aeronáutica lo había demostrado produciendo aviones y motores, que si bien no eran el “óptimum deseable”, constituían un primer paso ineludible.³⁶

En lo tocante a las realizaciones, hemos señalado que la Primera Guerra dio inicio a la preocupación militar por las industrias consideradas “estratégicas” para la defensa. De allí, que tuvieran un interés muy marcado en el desarrollo nacional de la minería, la metalurgia, la química y la mecánica, actividades en las que las fábricas militares comenzarían a multiplicarse en las décadas siguientes hasta alcanzar un lugar de notable preponderancia.³⁷

Como antecedente, las instalaciones fabriles militares venían desarrollando diversas actividades vinculadas a la provisión de material bélico desde finales del siglo XIX.³⁸ Entre los empre-

35 San Martín, *op. cit.*, p. 899.

36 San Martín, *op. cit.*, p. 900.

37 Junto con esas actividades “estratégicas”, los militares también llevaron adelante otras producciones industriales menores en la rama textil o del cuero, principalmente a través de los arsenales. Por otra parte, si bien ocuparon un renglón marginal, también existieron algunas iniciativas tendientes a proveer materias primas para otros emprendimientos. Por ejemplo, centros forestales donde se producía y se procesaba madera o establecimientos destinados al pastoreo y la agricultura, donde se sembraba maíz o se plantaba algodón, pita sisal y henequén, entre otros productos.

38 También los militares jugaron un papel de primera importancia en la pro-

dimientos más importantes se ubicó el Arsenal de Guerra del Ejército (posteriormente llamado Arsenal Esteban de Luca), establecido en 1885 en el sur de la ciudad de Buenos Aires. Por otra parte, en 1879 se fundaron los Talleres Navales de la Marina en el Tigre, renombrado algunos años más tarde como Arsenal Naval de Buenos Aires al ser trasladado a la Dársena Norte del puerto, para el mantenimiento de los buques de la Armada.

Pero no sólo la producción de maquinarias había preocupado a las fuerzas armadas. El autoabastecimiento de pólvora y otros insumos, también configuró una de las principales preocupaciones castrenses. En ese sentido, en 1898 se creó el Arsenal Regional del Litoral (en Puerto Borghi, Santa Fe), más tarde denominado Arsenal San Lorenzo, con el objetivo de producir municiones y espoletas, pero también herraduras, pinturas y lubricantes. La iniciativa estuvo a cargo del teniente general Pablo Ricchieri, quien impulsó asimismo la Fábrica de Aceros y Proyectiles de Artillería en el Campo de Granaderos, inaugurada en 1904.

Entre las actividades metálicas básicas, se destacó el Arsenal Esteban de Luca, donde se realizaban tareas de fundición y laminación de acero desde sus inicios. En la década de 1920 este arsenal se orientó también a la incorporación de la metalurgia no ferrosa, al instalarse en forma experimental una laminadora de cobre y a la fabricación de maquinaria, ya que se construyó en sus instalaciones una turbina para usina eléctrica. Allí también se fabricaban cañones, fusiles, carabinas, pistolas, máquinas de punzonar, y balancines, entre otras piezas mecánicas que complementaban la producción del Arsenal San Lorenzo. Por otra parte, en 1926 se creó el Establecimiento Siderúrgico de Andalgalá (provincia de Catamarca) donde se instaló un alto horno y

visión de servicios de ingeniería para innumerables proyectos de obras de infraestructura económica y social, como también un papel destacado en el desarrollo de la técnica y la educación e investigación científica en el país. Estas cuestiones no serán abordadas aquí por cuestiones de espacio.

un horno de cuba que funcionó precariamente unos pocos años, y donde también se llevó a cabo un temprano experimento para fundir mineral de cobre.

En 1927 se creó la mencionada FM de Aviones en Córdoba, dependiente de la Dirección General de Aeronáutica. La fábrica produjo inicialmente los aviones "Avro Gosport", de escuela, realizados con licencia británica por operarios especializados que procedían de los talleres de reparaciones del Pabellón de Ensayos del Servicio Aeronáutico del Ejército (El Palomar) y varios prototipos diseñados por ingenieros argentinos. En 1938 produjo diversas unidades bajo licencia francesa (Dewoitine), alemana (Focke-Wulf) y estadounidense (Curtiss Hawk).

El renovado impulso después del golpe militar de 1930 también definió la instalación de una acería militar para aprovechar el hierro viejo y la disponibilidad de combustible de Comodoro Rivadavia en 1933. Cuatro años después fue habilitada la FM de Aceros (Valentín Alsina, en la provincia de Buenos Aires), con dos hornos Siemens Martin y un tren de laminación.

En 1933 se aprobó la construcción de nuevas instalaciones en el Arsenal San Lorenzo para la obtención de munición para fusiles, ametralladores y pistolas. Los nuevos pabellones se incorporaron a la Dirección de Fábricas Militares como Fábrica de Munición de Armas Portátiles, desarrollando además de las anteriores la producción de municiones para ametralladores de avión. También se formó la FM de Armas Portátiles, aunque solo comenzó a producir años más tarde (con el nombre de FM de Armas Portátiles Domingo Matheu). Las diversas líneas de producción incluían carabinas, pistolas, ametralladoras y rifles de carga automática. Luego, con licencia belga produjo fusiles automáticos livianos y pesados, y lanzagases, y en los sesenta inició la producción de armas portátiles para uso civil con licencia Beretta.

En 1936 se dispuso crear la Fábrica Militar (FM) de Munición de Artillería (Río III, Córdoba), pero mientras se realizaba la construcción se dispuso la instalación de una Planta Experimental en Santa Fe. En el mismo año fue instalada la FM de Pólvora y Explosivos (Villa María), producto de la reestructuración de los arsenales. La fábrica llegó a producir en los años siguientes nitrocelulosas para fabricación de pólvoras y dinamitas, y también para la elaboración de películas radiográficas y artículos de pinturería, pólvoras para todo tipo de armas y para motores cohetes, explosivos para uso minero, nitroglicerina para la industria farmacéutica, éter para la industria privada, además de impulsar la producción local de materias primas como algodón, alcohol o ácido sulfúrico.

A partir de 1936, la FM de Comunicaciones se abocó a un plan intensivo de producción de carros de comunicaciones, carros de destelladores, camiones de comunicaciones telefónicas de aviación, radioestaciones y transmisores experimentales. Como continuación de estas líneas de producción, en el transcurso de los siguientes lustros el complejo San Martín llegó a producir una gran variedad de artículos de uso militar y civil como telescopios, anteojos binoculares, brújulas, chalecos protectores, herraduras, cascos de acero, receptores de radio (en convenio con Philips), cajas de baterías, transmisores portátiles, sintonizadores de antena, teléfonos públicos, barreras automáticas y elementos de señalización ferroviaria.³⁹

39 Otras dependencias también fabricaban distintos equipos en este rubro de maquinaria eléctrica, como por ejemplo, la FM San Francisco desarrolló la producción de motores eléctricos o AFNE, que producía centrales termoenergéticas, turbinas y componentes nucleares.

El impulso de la Segunda Guerra Mundial

Hacia fines de la década, las previsiones respecto a que un posible conflicto bélico afectara el abastecimiento de la economía argentina, lo que preocupaba particularmente a los nacionalistas y militares, se hicieron realidad con el estallido de la guerra y significó un duro golpe para aquellos –ya pocos– que confiaban en una idealizada “vuelta a la normalidad” agroexportadora. Las nuevas circunstancias involucraron una serie de opciones en materia de política económica que pusieron en el primer plano, quizás por primera vez de manera tan explícita, la necesidad de una política industrial. En ese contexto, el fiel de la balanza se inclinó decididamente hacia las ideas de mayor autarquía que proponían los militares, y aun cuando éstas no tenían necesariamente gran consenso en la época, las particulares condiciones generadas por el conflicto permitían acercar sus puntos de vista a los blandidos por empresarios e intelectuales preocupados por el abastecimiento de los insumos, equipos y materias primas básicas.⁴⁰

De hecho, la posición más firme en defensa del desarrollo de la industria básica correspondía por ese entonces a los militares. Durante una cena de camaradería de las Fuerzas Armadas, en junio de 1941, el presidente del Centro Naval, contralmirante Sabá Sueyro señaló que el país tenía necesariamente que “fomentar al máximo sus industrias, especialmente las que tengan conexión directa con la defensa nacional”; pero además, el aumento de la industrialización contribuiría a “solucionar más fácilmente los

40 Por ejemplo, desde la Unión Industrial Argentina se señaló que “la política sabia en nuestro concepto es aquella que tiende a independizar al país en su economía. Economía dependiente de otras naciones o de intereses que no sean realmente nacionales, disminuye o hace inexistente la soberanía de la Nación. Y también hemos dicho y lo ratificamos hoy, más que nunca, que no hay independencia política sin la independencia económica”; *Argentina Fabril*, núm. 882, junio, 1942, p. 9.

problemas obreros y los capitales encontrarían más campo de inversión en el país".⁴¹

En el plano de las concreciones, en septiembre de ese año fue creada la Flota Mercante del Estado, una vieja aspiración de los promotores de la industrialización que quedó bajo el control del Ministerio de Marina. Más importante fue la creación de la DGFM el 8 de octubre de 1941, a partir de una iniciativa anterior del coronel Manuel Savio, que ya mencionamos. La nueva repartición se conformó sobre la base de las fábricas militares existentes: Aviones, Munición de Artillería, Aceros, Armas Portátiles, Río Tercero, y Pólvoras y Explosivos; a esas pocas plantas se sumarían en pocos años más de una docena de nuevos emprendimientos en el ámbito industrial y minero.

La DGFM era una entidad autárquica dependiente del Ministerio de Guerra y su objetivo era desarrollar la producción de insumos y materiales básicos y "estratégicos" en forma directa o indirecta, elaborar planes tendientes a la movilización de la industria privada hacia la producción bélica y estimular el desarrollo de industrias afines. Específicamente, el organismo tenía como meta avanzar en la "independencia económica" a partir de generar la propia capacidad de producir armas y municiones necesarias para la defensa de la soberanía (dadas las limitaciones de la industria privada) y organizar la movilización industrial. Decía Savio:

El propósito esencial que inspiró todos los trabajos y estudios que habían de conducirnos al proyecto de ley de Fabricaciones Militares, consistió en alcanzar lo más pronto posible la propia capacidad para producir en el país las armas y las balas indispensables para mantener la soberanía y el honor nacionales. Confiar en que en cualquier momento podremos contar con materiales de otra procedencia que no sea la propia, significa conspirar contra la seguridad de la Patria.⁴²

41 Citado en Rouquié, *op. cit.*, vol. 1, p. 305.

42 Savio, *op. cit.*, p. 400.

Con el mismo objetivo, se proponía establecer un vínculo permanente con los empresarios del sector. En este último sentido, la DGFM tenía a su cargo el fomento industrial, conjugando los intereses relacionados a la defensa nacional con el desarrollo manufacturero. Desde la Dirección de Desarrollo, dedicada a compatibilizar esa producción con los de la industria privada, en cumplimiento de los objetivos de movilización industrial y el crecimiento del conjunto de la economía, la entidad pretendía “armonizar mejor las fuentes de nuestras riquezas y de equilibrar más nuestra economía general, desarrollando convenientemente las actividades industriales en base a nuestros propios recursos”. Este propósito no involucraba la idea de “convertirnos en industriales caprichosamente”, sino la de producir lo indispensable para proporcionar cierto margen de independencia industrial que asegurase la defensa nacional”.⁴³ La DGFM agregaría que el engrandecimiento de la industria de transformación sería en vano, “en tanto dependamos de la buena voluntad del extranjero o de los azares del comercio de importación para el mantenimiento de esa misma industria”. Más tarde aclararía que no se pretendía una autarquía absoluta que sería perjudicial; sino “una razonable independencia de ciertos productos esenciales, de los cuales a veces hemos carecido a pesar de que la materia prima proviniera de nuestro país”.⁴⁴ La situación era particularmente estimuladora para la concreción de esas ideas:

La perturbadora repercusión que desde un primer momento ha hecho sentir la guerra mundial sobre el comercio de importación se ha ido agudizando a medida que transcurría el tiempo. El cierre casi absoluto del mercado europeo, las restricciones de toda índole impuestas por Estados Unidos que han culminado con la aplicación de un sistema de cuotas y prioridades para todos los artículos de exportación, la falta o escasez de

43 Dirección General de Fabricaciones Militares, *Memoria Anual*, DGFM, Buenos Aires, 1943, p. 73.

44 Dirección General de Fabricaciones Militares, *Memoria Anual*, DGFM, Buenos Aires, 1945, p. 12.

bodegas, han determinado la necesidad de efectuar para cada adjudicación de artículos de importación una serie de largas tramitaciones.⁴⁵

En 1942 Savio dictó una conferencia donde quedó claro su interés por el desarrollo de la industria pesada, dejando en segundo plano consideraciones de eficiencia o costos. El militar enfatizaba el impacto de la Guerra que había contribuido a forjar una “conciencia nacional” en torno a un mejor aprovechamiento de las materias primas locales y de las actividades industriales. Retomaba aquí la tradición de ingenieros y oficiales militares que desde hacía décadas habían propuesto fomentar la actividad minera como soporte para el desarrollo posterior de la siderurgia y la metalurgia:

No puede discutirse que la Nación cuenta con yacimientos de minerales de hierro, cobre... etcétera. Puede afirmarse también que muchos de ellos serían de buen rendimiento; pero debe advertirse que el verdadero valor económico de cada uno no estará dado exclusivamente por la potencia, las características y las condiciones de explotación que ofrecen en sí, sino por la acción de control superior del Estado, creando y manteniendo condiciones que favorezcan su aprovechamiento dentro del conjunto.⁴⁶

Savio se servía de la oportunidad para criticar las viejas consignas que, desde las tribunas vinculadas a la agroexportación, solo aceptaban la industrialización que no entorpeciera el comercio exterior del país:

Se ha preconizado siempre, señalaba, que para vender hay que comprar, pero este criterio se ha aplicado sin mayor análisis... sin observar primero qué es lo que podemos obtener de nuestro propio suelo... El Estado debe, pues determinar cuanto antes, las condiciones de aprovechamiento de los yacimientos más interesantes y luego dar lugar a su explotación directa o indirectamente, regulando su intensidad dentro de la política econó-

45 Dirección General de Fabricaciones Militares, *Memoria Anual*, DGFM, Buenos Aires, 1941-1942, p. 98.

46 Savio, *op. cit.*, pp. 365 y ss.

mica general, utilizando en parte los mismos procedimientos financieros empleados para los cereales, cuya cosecha nadie ha pensado en reducir. En el caso de las materias primas básicas... no se trataría de la defensa de los saldos exportables, como ocurre con las cosechas, sino de la defensa de la producción de las cantidades mínimas requeridas por el mercado propio.⁴⁷

Más enfáticamente, expresaba que el “error” estratégico de los gobernantes había consistido en posponer arbitrariamente a los metales con respecto a los cereales, “Quien puede asegurar que, en épocas normales no podríamos explotar en condiciones tan o más remuneradoras, por ejemplo, al cobre que al trigo”. Esta alternativa no suponía una fuerte dosis de idealismo, sino que se basaba en una comprobación concreta respecto a la capacidad industrial que había adquirido el país a comienzos de la década de 1940. Según Savio, las fábricas locales habían logrado un desarrollo importante: “en las fábricas argentinas se han llevado a cabo trabajos de toda clase, de alta precisión y a costos relativamente favorables. Ello ha tenido lugar no obstante producirse en escala muy inferior a la de las grandes organizaciones fabriles, sin arbitrios forzados ni amparos proteccionistas”. La carencia mayor se evidenciaba en la falta de industrialización de las materias primas básicas:

Puede decirse que hasta ahora hemos desechado sistemáticamente todos nuestros yacimientos de minerales... De tal manera, hemos visto tomar rumbo al extranjero a grandes cantidades de minerales en el mismo grado de concentración compatible con las tarifas de transporte; hemos anotado en nuestras estadísticas un valor que acrecentaba los ingresos ponderados en oro; pero sin dejar el efecto saludable que hubiese podido proporcionar el trabajo de su industrialización y, como saldo del balance, sólo debemos consignar un egreso de riqueza, una disminución del potencial... muy poco, pues, es lo que ha quedado como beneficio fuera de miserables jornales de extracción.⁴⁸

47 *Ibidem.*

48 *Ibidem.*

Para sostener el desarrollo industrial alcanzado era necesario obtener esas materias primas básicas, lo que se lograría a través de una decidida orientación del Estado. Savio señalaba que, era la hora de actuar, de salir “cuanto antes del plano de un viejo deseo, salir de la atmósfera de dudas y proyectos, de estudios puramente teóricos; hay que acelerar su solución en el campo práctico”.⁴⁹ En particular, Savio destacaba que el valor de los yacimientos de minerales de hierro, cobre, cinc, wólfram, molibdeno, berilo y otros estaba determinado no por su posibilidad de extraerlos en condiciones económicas sino por las condiciones de explotación y aprovechamiento que generase el Estado, por ejemplo a través de la generación de energía barata.⁵⁰ El ejemplo utilizado fue el del cinc. Se preguntaba Savio “¿Quién puede sostener que en lugar de elaborar el cinc que necesitamos tomando el mineral argentino, conviene más extraer el mineral y hacerlo recorrer grandes trayectos, refinarlo, como se ha hecho, en Amberes, y volverlo a traer al país luego de pasar por varios intermediarios?”. Su respuesta consideraba el mayor costo económico de la alternativa, pero enfatizaba la acción del Estado. Era precisamente el sector público el que debía determinar las condiciones para aprovechar los yacimientos y luego explotarlos “directa o indirectamente” regulando la producción de acuerdo con los lineamientos rectores de la política económica. Lo más beneficioso para el país era contar con disponibilidad de materias primas. “Lo económico es, pues, tener hierro, tener cobre, tener cinc, etc., independientemente de su mayor o menor valor en pesos oro”.⁵¹

49 *Ibidem.*

50 Savio y otros militares estaban particularmente interesados en desarrollar la energía hidráulica; véase por ejemplo, Ballester, Rodolfo, *El aprovechamiento de las fuerzas hidráulicas del país*, Colegio Libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, 1940.

51 También el ingeniero Adolfo Dorfman, quizá el más destacado analista del sector industrial de la época, parecía haber reforzado su propuesta

Las razones más generales se veían reforzadas por otras vinculadas a la “defensa nacional” y a la necesidad de crear trabajo, previendo los dilemas de la posguerra. De ello resultaba que fuese el Estado el encargado de llevar a cabo un plan de producción de los elementos considerados esenciales para la industria, y no la iniciativa privada. Era el Estado el que debía definir qué materias primas debían elaborarse, en qué cantidad y en qué plazos, según la prédica de Savio. Para ello había que proteger, al menos inicialmente, esa producción:

sin una franca protección del Estado, todo este plan y cualquier otro, correrá igual suerte; porque es un secreto a voces que la producción universal de todos los productos que he enunciado está controlada por organizaciones poderosas, con medios suficientes para determinar crisis decisivas donde y cuando convengan.⁵²

Entre las prioridades militares de ese entonces la siderurgia ocupaba un lugar secundario. El cobre, el cinc, el aluminio, el azufre, las ferroaleaciones, los aceros especiales y el carburo de calcio tenían prioridad dentro de sus proyectos. El argumento consistía en que esos insumos podían desarrollarse en breve plazo y satisfacer así todo el consumo nacional. En un segundo grupo se ubicaba el acero “en todas sus formas y características”, pero con la salvedad de que esa elaboración debía llevarse

industrialista y bregaba para la misma época por el desarrollo de las industrias básicas, aún en condiciones no competitivas, “si fuera reclamado por altas razones de Estado”; Dorfman, Adolfo, *El desarrollo industrial de América Latina*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1942, p. 13. De todos modos, otros ingenieros también estimaban que en el caso de los productos de la industria siderúrgica podrían venderse a precios inferiores a los que resultaban de las importaciones, si se obtenían mercados donde recabar mineral de hierro para formar una mina artificial; por ejemplo, Maggi, Juan y Luis García Mata, “Posibilidades para el desarrollo de la gran siderurgia en la Argentina”, *La Ingeniería*, 809, marzo, 1942.

52 Savio, *op. cit.*

a cabo progresivamente y con extremo cuidado; se trataba de ver cómo afectaría el intercambio comercial y ajustando su desarrollo con el concepto de satisfacer primeramente las necesidades de la defensa nacional y otras de imperiosa necesidad industrial. Esta distinción difería de otra clasificación que en ese contexto distinguía entre minerales “estratégicos” y “críticos”. Entre los primeros se ubicaban aquellos que no se habían descubierto localmente, como el aluminio, por ejemplo; entre los segundos los “disponibles” pero que debían desarrollarse, aunque su costo de producción fuera superior al internacional.⁵³

Savio sostenía que en la elección de una rama industrial no jugaban sus ventajas comparativas sino su capacidad para abastecer el consumo nacional y para generar empleo en situaciones de emergencia. Dentro de las materias primas debían incluirse los recursos mineros, que en las circunstancias bélicas y del predominio de la “civilización del acero” eran vitales. La antigua división entre industrias “naturales” y “artificiales” (esto es, las que tenían materias primas locales y las que no) parecía definitivamente perimida, pero Savio daba un giro más a la cuestión. Descartaba las consideraciones de costo a favor de la disponibilidad de materias primas y a la vez consideraba materia prima al lingote o el producto semielaborado y no al mineral. Argentina debía producir diversos metales y si se lograba con mineral local mejor; ese objetivo no debía descuidarse, pero lo importante era obtener el metal para la industria transformadora y las necesidades bélicas.⁵⁴

53 Para esta caracterización de época véase, entre otros, Carri de Riggi, María Teresa, “Los minerales argentinos y las industrias de guerra”, *Industria Minera*, núm. 31, febrero, 1944.

54 Esta misma idea era sostenida por Maggi y García Mata, *op. cit.*, para el caso de la producción de acero, más tarde la esgrimiría el propio Savio con motivo del debate sobre el Plan Siderúrgico en 1947.

El geólogo Luciano Catalano, quien políticamente provenía del yrigoyenismo había confluído con estas posiciones favorables a la industria más pesada.⁵⁵ De hecho, Savio incorporó a Catalano al *staff* técnico de la DGFM. Poco después, reafirmó desde las páginas del órgano de los empresarios mineros, la necesidad de instrumentar la “movilización industrial” de las “fuentes materiales de riqueza mineral y afianzar las industrias metalúrgicas y químicas derivadas, en grado completo”. En consonancia con las ideas más autarquistas de la época, Catalano proponía encarar la producción fiscal o mixta de todas las explotaciones mineras, “inclusive sus industrias derivadas sin que ello excluya la iniciativa privada”.⁵⁶ La idea fue sintetizada por el presidente de la Cámara Argentina de Minería en 1944, quien retomó el viejo eslogan del grupo bungista: “tenemos que bastarnos a nosotros mismos: esa es la consigna”.⁵⁷

En un mismo sentido, el coronel José María Sarobe sostenía en el foro de la UIA que la explotación minera había sido postergada por la vigencia de una política que calificaba como colonial y que las circunstancias de la guerra demandaban la consolidación de la producción siderúrgica. Toda actividad industrial se subordinaba a la lógica bélica, en línea con la movilización industrial defendida por Savio: “en el concepto militar... tiene casi tanta importancia alimentar la fuerza productora y expansiva de la industria como mantener el nervio guerrero de los ejércitos en los frentes de lucha”.⁵⁸

55 Catalano, Luciano, “Posibilidades económicas e industriales de la riqueza minera metalífera argentina”, *Cursos y Conferencias*. Vol. 18, núm. 10-12, enero-marzo, 1940.

56 Catalano, Luciano, “Posibilidades de la minería y la metalurgia en la Argentina”, *Industria Minera*, n° 24, julio, 1943, p. 14

57 Unsain, Alejandro, “La minería en la defensa nacional”, *Industria Minera*, núm. 35, junio, 1944.

58 Sarobe, José María, *Política económica argentina*, UIA, Buenos Aires, 1943, p. 93.

Por ese entonces, Sarobe también proponía la elaboración de un Plan de Fomento Económico que instrumentara el control del Estado sobre el comercio exterior, el capital extranjero, la política aduanera, el desarrollo de las industrias básicas y la fiscalización de la industria nacional.⁵⁹ Resultaba que para estos militares la producción de elementos esenciales no podía dejarse a merced de las iniciativas particulares, por el contrario, su planificación y puesta en ejecución correspondían al Estado, que si bien no debía competir con la actividad privada en la producción de bienes de consumo no durables, estaba obligado a intervenir en la industria de base. Para Savio la DGFM cumpliría ese rol de regulador de la industria pesada, en asociación con capitales privados, aunque la participación estatal sería provisoria tendiendo a desaparecer cuando se amortizaran los gastos iniciales.⁶⁰

Las propuestas industrialistas de los militares no se reducían a los hombres vinculados a la DGFM ni al Ejército. Desde las otras fuerzas también se procuraba avanzar en la producción de insumos y materiales necesarios para su movilización. De hecho, el desarrollo de la guerra motivó un interés especial de la aeronáutica por la producción de metales “críticos”, entre ellos el berilio y el aluminio, y también de plásticos y maderas. De este modo, el ingeniero aeronáutico Juan Nardo arribaba a conclusiones semejantes a las de Savio para fomentar el desarrollo de la producción local de aluminio en el Congreso de Aeronáutica de 1942. Nardo estimaba posible utilizar los minerales de menor calidad disponibles en el país a través de una planta para fabricar alúmina y otra para producir aluminio. El rendimiento de los minerales locales era 50% menor que el de las mejores bauxitas, pero consideraba posible su explotación tanto en términos técnicos como econó-

59 Sarobe, José María, “Deberá tenerse presente la realidad futura dentro de un vasto plan de fomento económico”, *Finanzas*, núm. 76, noviembre, 1942.

60 Savio, *op. cit.*, p. 183.

micos, aunque la aplicación industrial dependía de la resolución del problema del abastecimiento de energía.⁶¹

Por su parte, el mayor Juan Rawson Bustamante destacaba, también en una conferencia en la UIA, hacia 1944, que la fabricación de plástico era posible en el país y también la de chapas multilaminares de madera, como posibilidades para sustituir, mientras tanto, los metales livianos necesarios. Aun así, abrigaba esperanzas de pronto lograr los objetivos de la “independencia económica” a través de la producción local de metales, dado que existían yacimientos de hierro, carbón, tungsteno, manganeso y berilo, y perspectivas de existencia en la Patagonia de bauxita. Más aún, aseguraba que la puesta en funcionamiento de los altos hornos previstos en Zapla y otros emprendimientos que llevaban adelante los militares, permitían “abrigar grandes esperanzas de poder obtener una total independencia de la industria aeronáutica”.⁶²

Entre los hombres de armas existía un acuerdo relativamente generalizado acerca de que estas propuestas supondrían un costo de producción superior al de las empresas extranjeras, pero que estimaban inferior al precio del mercado local. En un plazo más largo podrían bajarse los costos actuando sobre otros mercados y ganando economías de escala, un tópico que fue adquiriendo cada vez más presencia en las intervenciones de la época. La idea de que grandes empresas aprovechaban un mejor uso de la tecnología y otros factores comenzaba a alcanzar difusión contemporáneamente, y quedó plasmada en varias publicaciones de la época.

61 Nardo, Juan, “La producción del aluminio utilizando materia prima del país”, *La Ingeniería*, junio, 1945.

62 Rawson Bustamante, Juan, “Las posibilidades aeronáuticas en la postguerra”, *Revista de la Unión Industrial Argentina*, núm. 908, agosto, 1944, p. 15.

El golpe militar de junio de 1943 y la prosecución de la Guerra habían orientado el fiel de la balanza hacia aquellas ideas que respaldaban la industrialización, aunque no necesariamente la autarquía, y, en paralelo, una mayor intervención del Estado en ese proceso.⁶³ Poco antes, los militares del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), donde participaba Juan Perón, advertían en un documento secreto sobre la necesidad de transformar al Estado en un “órgano regulador de la riqueza, director de la política y armonizador social”.⁶⁴ Las ideas de los militares industrialistas parecieron afianzarse en las nuevas circunstancias y alentaban la diversificación de la producción industrial, más allá de las actividades vinculadas estrictamente a la “defensa”. Para Félix Weil, los líderes del ejército se dieron cuenta “que la Argentina necesita —por razones militares, si no por otras— una economía diversificada para mantener su posición como la hasta ahora nación sudamericana líder... La necesidad más que la convicción vuelve imperativo que el gobierno fomente la industria, en vista de que es vital para un programa armamentista, y esto no puede hacerse sin fomentar indirectamente la industria como un todo”.⁶⁵

Como había ocurrido en 1930, el golpe abrió la posibilidad de que integrantes de la *Revista de Economía Argentina* y muchos miembros de la UIA se incorporaran al gobierno para colaborar con los elencos militares y tuvieran participación destacada en la orientación de las políticas favorables a la industria que

63 Lúcidamente, Felix Weil destacó en 1944 que el golpe “fue el sello en el ataúd en el cual fue sepultada la última esperanza de volver al *status quo*, una esperanza entonces todavía alimentada por unos pocos de los más reaccionarios viejos conservadores. ‘Si no podemos impedir la industrialización, podemos al menos controlarla’ fue evidentemente el pensamiento guía detrás de la revuelta”; Weil, Félix, *El enigma argentino*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2010, p. 238.

64 Citado en Potash, *op. cit.*, vol. 1, p. 202.

65 Weil, *op. cit.*, p. 283.

se implementaron en esos años.⁶⁶ Este grupo tendría un papel destacado no sólo en las políticas laborales desplegadas por la Secretaría de Trabajo y Previsión, encabezada por el coronel Perón, sino también claramente en las ideas e instrumentación de las políticas desplegadas por la Dirección General de la Industria, en manos del teniente coronel Mariano Abarca, quien incorporó como asesor al ingeniero Emilio Llorens, cercano colaborador de Alejandro Bunge (que había fallecido poco antes).⁶⁷

Desde esa oficina fue elaborado el primer régimen para el Fomento y Defensa de la Industria Nacional, en junio de 1944. Un anteproyecto del año anterior proponía realizar estudios para conocer las condiciones económicas y técnicas en las que se desarrollaba la industria en el país y consideraba el perfeccionamiento de la industria existente, el asesoramiento técnico, la planificación y el fomento de la descentralización manufacturera. También contemplaba la posibilidad de instalar nuevas industrias y fomentar la elaboración de nuevas materias primas. El anteproyecto planteaba la necesidad de coordinar y colaborar con la DGFM el fomento de actividades vinculadas a la “defensa nacional” y estudiar la reforma del régimen aduanero, medidas contra el *dumping*, un régimen de *draw-back* adecuado y la conveniencia de orientar las licitaciones oficiales para favorecer a la industria local.⁶⁸

Finalmente, se estipuló que serían promovidas las industrias de “interés nacional” que utilizaran materias primas nacionales

66 Por el contrario, otros destacados intelectuales que compartían posiciones similares quedaron marginados; por ejemplo, Raúl Prebisch sería cesanteado de su cargo en el Banco Central poco después y Adolfo Dorfman fue echado de la Universidad de la Plata y partió finalmente al exterior.

67 Poco después, Llorens fue designado titular de la Dirección de Economía y Política Industrial, adonde sumó a muchos otros miembros del grupo búngista.

68 Dorfman, Adolfo, *La intervención del Estado y la industria*, Editorial Argentina de Finanzas y Administración, Buenos Aires, 1944, pp. 226 y ss.

y se orientaran al mercado interno, y aquellas que elaboraran artículos de primera necesidad o indispensables para la defensa nacional, aun cuando utilizaran materias primas importadas, tal como antes había propuesto Savio. Se previeron derechos adicionales de fomento que no podían superar en 50% el valor del producto fijado en la tarifa de avalúos, derechos adicionales de defensa, que podían superar ese límite siempre que la producción local estuviera afectada por *dumping*; y se autorizaron cuotas a las importaciones. También se anunció dar subsidios a las industrias vinculadas con la defensa nacional.⁶⁹ En rigor, el nuevo régimen no avanzaba mucho más allá de sistematizar medidas planeadas desde la década de 1920 y de los instrumentos conocidos y en algún caso ya estipulados para el sector manufacturero.

Una Comisión Asesora, constituida por representantes del Centro de Importadores, la Unión Industrial, el Ministerio de Hacienda, la Secretaría de Industria (creada poco después de la sanción del decreto), la Secretaría de Aeronáutica y los ministerios de Guerra y Marina, era la encargada de definir las actividades beneficiarias. La destacada presencia de representantes militares evidenciaba el peso que las consideraciones que ese sector tenía en las nuevas definiciones vinculaban, de algún modo, las concepciones militares de resolución de los conflictos con la teoría económica surgida de las lecciones de la depresión. Los mecanismos de promoción industrial habían sido precedidos y estaban relacionados con la concepción de movilización integral para la guerra, tal como lo había expresado Savio ya en 1933. Por su parte, la flamante Secretaría de Industria y Comercio, un propósito antiguo de los industrialistas, se abocó a elaborar un “vasto plan de labor cuyo objeto era fomentar la actividad directa o indirectamente vinculada con la explotación de nuestras riquezas minerales”.⁷⁰

69 Poder Ejecutivo Nacional, Decreto núm. 14.630/44.

70 “Fomento de las riquezas minerales de nuestro país”, *Metalurgia*, núm. 59, octubre, 1944.

Más allá de las medidas de fomento, continuaba irresuelto el problema del crédito industrial; un tema que venía siendo discutido desde muchos años antes: el sistema bancario argentino se consideraba insuficiente para financiar el desarrollo industrial, pues no existían créditos a largo plazo, con tasas de interés accesibles y liberales exigencias de garantías.⁷¹ En agosto de 1943, el gobierno militar instituyó un denominado Sistema de Crédito Industrial que reunía los principales puntos de anteriores proyectos nacionales, y también de algunos provinciales. El decreto contenía disposiciones especiales con respecto a las industrias que “interesaban a la defensa nacional”, pero este sistema no llegó a reglamentarse. La uniformidad y coherencia necesarias para orientar las operaciones de crédito industrial —desde el punto de vista del gobierno— serían institucionalizadas a través de un organismo autónomo, establecido especialmente para conceder crédito a la industria en abril de 1944: el Banco de Crédito Industrial Argentino (BCIA). Como en anteriores proyectos, la nueva institución contemplaba la participación destacada de la DGFM y se establecieron disposiciones especiales respecto a las industrias de “defensa nacional”.⁷²

Estos temas continuarían preocupando a la prensa especializada y a funcionarios e intelectuales en los siguientes años. En rigor, muchas de las ideas y propuestas planteadas durante la Guerra estaban pensadas no ya para la situación coyuntural que se había presentado sino, fundamentalmente, para lo que ocurriría una vez terminado el conflicto. Esta era sin duda la gran

71 Otro tema importante que se volvió a discutir en ese contexto se refería a la formación técnica y la investigación científica vinculada a las necesidades y problemas de la industria nacional. Los militares también recogieron esta preocupación y establecieron numerosas instituciones de investigación tecnológica.

72 Ministerio de Hacienda, *El Poder Ejecutivo ha creado el Banco de Crédito Industrial Argentino. Fundamentos y estructura de la iniciativa*, Buenos Aires, Ministerio de Hacienda 1944.

preocupación. La guerra había provocado modificaciones de importancia en la estructura productiva y social del país, y, claro está, en las posiciones e ideas sobre la industrialización, pero también alentó la discusión sobre las consecuencias en el futuro. Es indudable que tanto los sectores económicos dominantes, como los militares, tenían presentes los profundos trastornos económicos y particularmente sociales ocasionados a la salida de la PGM, incluso ahora esos problemas se presentaban más acentuados porque las manufacturas habían tenido un crecimiento destacable y se habían transformado en el sector económico con mayor dinamismo, dada la diversificación productiva del país y el peso que había adquirido el mercado interno. Se trataba de una preocupación común acerca de la profundidad de la crisis y sobre la intensidad que habría de cobrar la lucha social. La posible reedición de un escenario conflictivo acercaba las posiciones de diversas clases sociales.

Las opciones desplegadas incluían el condimento de una realidad incontestable: los empresarios industriales, al igual que los obreros, se habían constituido en miembros destacados de la estructura económica y social, y sus intereses debían ser considerados en cualquier estrategia económica y social de allí en más. Por ello, desde el comienzo de la Guerra las posiciones –con sus variantes– fueron confluyendo en torno a la necesidad de garantizar la defensa de la industria nacional, y sobre el arsenal necesario de instrumentos de intervención para ello, una vez terminado el conflicto y reanudada la competencia extranjera. En ese contexto, la idea de la planificación como herramienta articuladora de las políticas económicas, que estaba presente desde tiempo antes, se vio notablemente reafirmada y legitimada políticamente. La planificación y la movilización industrial estaba indisolublemente asociada a la industria y la soberanía, tal como definió con claridad el teniente coronel Julio Sanguinetti:

sustentamos el criterio de basar la obtención de los recursos de la guerra dentro de las propias fronteras, pues entendemos que lo contrario significaría confiar la seguridad de la Patria en una dependencia exterior siempre aleatoria.⁷³

En igual sentido, desde la Dirección General de Industria, el coronel Abarca había ya señalado que “el *laissez faire* en economía era el símbolo de gobernantes burócratas que ya han desaparecido en todas partes para dar lugar a los gobernantes organizadores y técnicos”. Era necesario “estudiar la nueva fisonomía que presenta el país y las medidas a tomar en forma urgente, para que no se produzca una catástrofe al final de la guerra”. Abarca insistía en la necesidad de planificar para lograr el máximo bienestar material de la población y la independencia económica nacional, como la de sus decisiones políticas:

Este plan, que para estructurarlo requiere saber hacia dónde se va y cómo se puede llegar, debe ser preparado cuanto antes por nuestras mentes más claras y por las conciencias más honradas y limpias que puedan moverse; no hacerlo sería seguir viviendo al día, sin previsiones y sin otras inquietudes que las que la fatalidad o la fortuna nos traen como nave sin rumbo ni velocidad que sigue las corrientes, a veces invisibles, de la política internacional.⁷⁴

Estos debates y preocupaciones catalizaron en un nuevo organismo creado por el gobierno en agosto de 1944, con el expreso propósito de planificar el futuro inmediato: el Consejo Nacional de Posguerra (CNP), por iniciativa del coronel Perón, quien por ese entonces era el vicepresidente de la Nación. El organismo contaba con una Comisión Permanente integrada por secretarios y subsecretarios del gobierno y en las diferentes comisiones

73 Sanguinetti, Julio, *Nuestro potencial económico industrial y la Defensa Nacional*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1946, p. 14

74 Abarca, Mariano, *La industrialización argentina*, Ministerio de Agricultura, Buenos Aires, 1944, p. 25.

participaban miembros del Ejército o de la Marina, destacados empresarios y varios colaboradores de la *Revista de Economía Argentina*.⁷⁵

Luego del triunfo electoral del peronismo en 1946, el impulso de las actividades manufactureras obedeció –como ya apuntamos– fundamentalmente a razones sociales y políticas; en particular, para sostener un elevado nivel de empleo y evitar la conflictividad social que podría acarrear la recuperación del comercio internacional. Las ideas fundamentales que subyacieron a las primeras definiciones de industrial económica se encontraban más en línea con los postulados de los bungistas (que propugnaban una industrialización más acotada), y alejadas de un desarrollo vigoroso de las industrias de base y de perspectivas autarquizantes. De hecho, si bien el peronismo recogió las ideas de Savio y otros militares promotores del despliegue de las actividades vinculadas a la “defensa nacional”, los avances concretos en esa línea fueron moderados hasta 1949, en tanto las posibilidades de recurrir a la importación de insumos industriales, bienes y equipos estuvieron abiertas.

Ahora bien, no puede negarse que sí hubo un relativo avance del “Estado industrial” en los primeros años de la década de 1940 y que luego se consolidó en una serie de proyectos manufactureros en la lógica del pensamiento estratégico militar. En un lugar destacado, los planes elaborados por la DGFM para explotar las riquezas minerales del territorio argentino, e instalar distintas industrias de base fueron parte de los propósitos de expansión industrial que el gobierno peronista hizo suyos, incorporándolos al Plan Quinquenal de 1947. La creación de SOMISA tuvo sanción el mismo año, y después de infructuosos esfuerzos por parte del

75 Berrotarán, Patricia y Villarruel, José, “Un diagnóstico de la crisis: el Consejo Nacional de Posguerra”, en Waldo Ansaldo, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel (edits.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Biblios, Buenos Aires, 1995.

general Savio para encontrar socios privados (locales y extranjeros) 99% de las acciones de la sociedad quedaron en poder de Fabricaciones Militares. Con todo, el proyecto fue demorado tanto por las dificultades para obtener los equipos necesarios dadas las restricciones que ponía Estados Unidos para ese tipo de bienes, como también por la oposición de Miguel Miranda, quien al frente del Banco Central favorecía la importación de los insumos baratos que reclamaban los laminadores. Pero también la desidia oficial respecto al desarrollo de SOMISA estaba determinada por la influencia restrictiva que ejercían los miembros del grupo Bunge sobre las propuestas más autárquicas vinculadas a la industria pesada.⁷⁶ La defensa del proyecto siderúrgico en el Congreso fue llevada a cabo por el mayor Álvarez Pereyra. En su opinión la apuesta a la producción de acero a nivel local no implicaba sacrificar al sector primario ni impedir las importaciones. Además, el Estado no debía competir con la industria privada, y por esa razón se excluía explícitamente de participar en la fabricación de productos elaborados.⁷⁷

Si nos referimos a las realizaciones de los oficiales industrialistas (encabezados por la figura de Savio), la principal fue la concreción de la DGFM en 1941, como señalamos más arriba. Desde allí, se desplegaron numerosas acciones en respuesta a las ya añosas preocupaciones de los militares por el desarrollo minero y de la industria básica del país.

76 Por ejemplo, José Astelarra, quien antes había señalado a la siderurgia entre los sectores a fomentar, expresó poco después que la industrialización a ultranza era indeseable. Antes que iniciar una nueva etapa, la industria local debía consolidar sus posiciones; *cf.* Belini, Claudio, "El Grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952", *Latin American Research Review*, vol. 41, núm. 1, febrero, 2006.

77 Belini, Claudio, "Parlamento, partidos políticos y política industrial en la Argentina, 1946-1955", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, núm. 23, 2001.

La extracción de minerales metálicos constituyó uno de los objetivos prioritarios de la producción militar, tanto del Ejército como de la Aeronáutica, y desde las décadas previas se venían realizando incontables exploraciones geológicas del territorio para su identificación y puesta en producción. Como resultado de estas iniciativas, la DGFM adquirió mayor precisión respecto a las posibilidades del desarrollo de la producción de minerales metalíferos y tomó el control de las minas que más le interesaban.

Con relación a los minerales ferrosos, la Dirección inició en 1943 la explotación de yacimientos de hierro en Jujuy para abastecer a la siderúrgica Altos Hornos Zapla (AHZ) aunque también se abocó a la explotación de minerales metálicos no ferrosos: en 1942 creó el Establecimiento Metalúrgico Capillitas y comenzó a explotar los yacimientos con el propósito de instalar una planta de yoduración de minerales de baja ley en las cercanías de los yacimientos para obtener en condiciones económicas óxido de cobre y la posterior obtención de cobre fino. Pero el establecimiento sufrió la mala calidad de los minerales y estuvo por décadas semiparalizado. También los militares realizaron una asociación con Minera del Norte SRL para explotar los yacimientos de cromo en Córdoba y estimularon la producción de otros minerales como el berilio. Mientras en paralelo la Aeronáutica impulsó la exploración de yacimientos bauxita, alunita y otros minerales aluminíferos con el propósito de iniciar la explotación, aunque sin éxito.

Respecto a los minerales no metálicos, la DGFM creó en 1943 junto a la Compañía Azufrera Argentina una sociedad mixta, Industrias Químicas Nacionales, para la explotación y elaboración de azufre, y la industrialización de sus derivados directos. Más tarde se conformó el establecimiento Azufrero Salta, formando parte del Grupo Minero Industrial que incluía una fábrica de ácido Sulfúrico.

Por su parte, la Armada participó junto a la División Carbón Mineral de YPF en la exploración y posterior explotación de los afloramientos carboníferos del yacimiento Río Turbio, descubiertos en 1936 por una exploración que buscaba posibles reservas de petróleo en la provincia de Santa Cruz. Más tarde, hacia finales de la década de 1950, se creó YCF, una nueva empresa estatal que tomó a su cargo la explotación de las minas.

Estos emprendimientos, como es evidente, estaban asociados a los esfuerzos por desarrollar en el país una industria metalúrgica más potente. Con tal fin, en 1943 la DGFM creó Altos Hornos Zapla (AHZ), una planta de arrabio que llegó a tener cuatro altos hornos y una producción de 165 000 toneladas anuales. También incorporó una acería y un tren de laminación. Un año después se dispuso la creación de una Segunda Unidad Siderúrgica, luego transformada por ley en SOMISA. La empresa fue programada para producir 300 000 toneladas de acero y productos semiterminados: barras, planchas, hojalata, perfiles, chapas, etc. aunque su concreción se vio frustrada por muchos años. La Fábrica de Aceros fue incorporada a la DGFM que definió sucesivas ampliaciones para la producción de aceros especiales (para lo cual se instaló un horno eléctrico). En esta planta se producían planchuelas de acero, sílico-manganeso para elásticos, aceros redondos, chapas y chapones y aceros trefilados. Hacia mediados de la década de 1940 era la segunda mayor empresa productora de lingotes y laminados de acero del país (con un 17% del total), aunque abastecía principalmente la demanda militar.

A fines de 1944 la DGFM celebró un contrato con IMETA (Industria Metal y Electroquímica SRL), una firma privada, y luego adquirió sus instalaciones para conformar la FM de Derivados del Plomo, cuyo propósito era fabricar cobre electrolítico, y óxidos de plomo, principalmente. El organismo también buscó integrar su producción: adquirió la antigua Sociedad Electrometalúrgi-

ca Argentina, de capitales alemanes, que producía laminados de cobre y cables. La empresa fue transformada en ECA y abastecía además de las necesidades militares a varias empresas privadas.

También a mediados de la década de 1940 la DGEM instaló una fábrica para producir cinc electrolítico, en el predio de la FM de Río III y se impulsaron varios proyectos que tuvieron poco éxito, tal los casos de la Sociedad Mixta Elaboración del Cromo y sus Derivados, y la incorporación de la Sociedad Anónima Berilo Argentina y de Industrias Metalúrgicas y Plásticas Argentinas, para la producción de berilio y elaborados de aluminio respectivamente.

La Planta Experimental de Puerto Borghi se transformó a partir de 1943 en la FM de Munición de Artillería. Ese mismo año entró en producción la planta de Río III, y al año siguiente la Fábrica de Munición de Armas Portátiles de San Francisco, en la provincia de Córdoba. En 1950 los dos establecimientos de Puerto Borghi fueron renombrados como FM de Cartuchos y FM de Munición de Artillería, y más tarde se fusionaron bajo el nombre de FM San Lorenzo (desde 1961 FM Fray Luis Beltrán).

En 1941 se creó la FM de Equipos, sobre la base de los talleres que habían pertenecido al Arsenal Esteban de Luca, que se fusionó con la FM de Comunicaciones, renombrada FM de Equipos, Herramientas y Comunicaciones y establecida en San Martín (Buenos Aires) en 1947. Más tarde se le denominó FM General San Martín, como un complejo industrial mecánico y electrónico. Sus líneas de producción de maquinarias abarcaron el carrozado y reparación de coches subterráneos, tranvías y vagones, coches de ferrocarril, casillas desarmables (para Vialidad Nacional), vehículos blindados, etc. Se orientó a la producción civil dado que la capacidad de producción era mayor a la demanda del sector militar.

Otras actividades metalmecánicas incluyeron la producción de materiales de artillería (morteros) y cañones en la FM de Río III desde 1943. Más tarde, por pedido de YPF, esta planta elaboró camisas para bombas de inyección, válvulas y repuestos para exploración y explotación petrolífera; para Gas del Estado produjo válvulas y garrafas. Por su parte, la FM San Francisco produjo discos de arado y la FM Fray Luis Beltrán, rastras, cadenas, cuchillas para motoniveladoras y otros implementos para el agro y maquinaria vial. Por su parte, Forja Argentina SA elaboraba material rodante ferroviario.

Por su parte, la FM de Aviones en 1945 pasó a depender de la recientemente creada Fuerza Aérea Argentina, y se la renombró Instituto Aeronáutico. Por ese entonces el establecimiento producía motores, aviones de caza y de escuela y planeadores. Alguno de los aviones, como el IAeDL22 estaba construido totalmente en el país, incluso el motor. Durante el peronismo la planta abordó la producción de aviones a reacción (Pulqui), de los que se hicieron algunos prototipos. En 1952 el establecimiento pasó a depender directamente del Ministerio de Aeronáutica como Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) que se abocó además de la producción de aviones a la de tractores, motocicletas y diversos tipos de automotores y utilitarios, que requerían insumos de numerosas empresas privadas. Poco después, algunas de sus plantas serían concedidas a empresas extranjeras, como Kaiser o Fiat, participando IAME en el capital de las nuevas sociedades. Tras la caída del peronismo en 1955 se creó la Dirección Nacional de Fabricaciones e Investigaciones Aeronáuticas (DINFIA), que continuó con la producción de aeronaves y material aeronáutico en forma separada de IAME.

La Armada produjo nitroglicerina, nitrocelulosa y ácido nítrico en la Fábrica Naval de Explosivos Azul (FANAZUL), organizada en 1944 sobre el anterior Arsenal de Munición de Guerra.

Más tarde, el Ministerio de Marina sumó un nuevo emprendimiento al Arsenal Naval de Buenos Aires. En 1953 se creó AFNE (Astilleros y Fábricas Navales del Estado), una sociedad anónima con mayoría estatal creada sobre la base del Astillero Río Santiago y FANAZUL. El astillero se transformó en el más importante del país en términos de empleo y capacidad de producción y desarrolló la producción de cruceros, portaaviones, portahelicópteros, fragatas, submarinos y buques mercantes de carga y de pasajeros. Sus líneas de fabricación también abarcaron motores diésel, grúas, *boogies*, equipos de bombeo de petróleo y material de tracción ferroviario.

En otra línea importante de producción, vinculada a la química básica, la DGFM creó en 1944 una sociedad mixta con Atanor SA para la elaboración de agua oxigenada, aldehído acético, alcohol, etc. Una nueva planta en Río III produjo soda cáustica, metanol y cloro. Años más tarde, el emprendimiento incorporó la elaboración de insecticidas, quitaesmaltes, limpiavidrios y lustramuebles. La expansión de sus actividades terminó por integrarla al campo petroquímico. En ese sector, la DGFM creó la FM de Tolueno Sintético en 1942 que produjo tolueno, xileno y benceno, además de aguarrás, solventes y alquitrán refinado.

Por su parte, la FM de Materiales Pirotécnicos (en Pilar, provincia de Buenos Aires) produjo a partir de 1946 bengalas de señalamiento náutico, militar y ferroviario, accesorios de explosivos para minería y explotación petrolífera, y a partir de 1949 la Fábrica Militar José de la Quintana también comenzó a producir explosivos. Por su parte, en Río III se instaló en 1948 el "Grupo Químico" que incluía las FM de Amoníaco y Ácidos y la FM de Cinc electrolítico que se unieron a la fábrica de municiones bajo el nombre de FM Río III. Allí se producía ácido sulfúrico, amoníaco y ácido nítrico. En 1951 comenzó a funcionar la FM de Ácido Sulfúrico de Berisso, integrante del Grupo Minero Industrial del Azufre.

La década de 1960

En el transcurso de la década de 1960 la economía argentina alcanzó un dinamismo importante, aunque fluctuante; especialmente las actividades manufactureras adquirieron relevancia y signos de evidente madurez: una importante integración, el progresivo avance de las exportaciones industriales y la incorporación de destacados desarrollos tecnológicos en distintos entramados del sector fabril. Paralelamente a ese proceso de sofisticación técnica y productiva del sector manufacturero se observó una creciente importancia de las exportaciones industriales sobre el total, aun cuando la producción fabril continuó orientada fundamentalmente al mercado interno.

En ese contexto, se abrió entonces un nuevo debate económico, vinculado a los límites de la estrategia industrializadora. Por un lado, ganó cada vez mayor fuerza el argumento que señalaba los efectos perniciosos de la extranjerización y por otro, comenzó a discutirse la ineficiencia económica y el hecho de que la industrialización más compleja persistía en producir problemas en el sector externo. Fue entonces que las ideas de la necesidad de una mayor apertura externa industrial adquirieron relevancia. En parte importante, esas orientaciones dieron sustento a la política industrial de la autodenominada “Revolución Argentina” y del tercer gobierno peronista posterior. La nueva orientación, sustentada en la idea de la eficiencia y la apertura económica, sería observada desde 1967 hasta 1975 en términos generales.

Con todo, los militares sostuvieron una postura algo alejada y relativamente crítica al consenso de los economistas desarrollistas. Las ideas económicas castrenses en la década de 1960 se mantenían vinculadas al problema de la defensa nacional, aunque fueron de algún modo reformuladas sobre la diada se-

guridad-desarrollo. En el pensamiento de un influyente grupo de oficiales se adosó la concepción de que las fuerzas armadas debían asumir la responsabilidad por ambos imperativos. Se trataba de la “doctrina de la seguridad nacional”. Esa prédica sostenía que, si el desarrollo era condición necesaria para garantizar la seguridad del país, a los militares también les correspondía comprometerse con el avance de la economía nacional. Los exponentes más destacados de esta vertiente fueron los generales Juan Guglielmelli, Osiris Villegas y el Comodoro Juan José Güiraldes. En este sentido, el primero de ellos había expresado en un discurso de 1964 que el “desarrollo económico-social no sólo es un imperativo de la solidaridad para crear trabajo y bienestar; es una necesidad impostergable de la seguridad nacional”. Poco después, Güiraldes expuso que la “idea de desarrollo y la de país desarrollado no pueden desprenderse de la idea de sociedad industrial”.⁷⁸

La cristalización institucional de esta concepción se volvió visible a poco de asumir el gobierno militar el general Juan Onganía en 1966, ya que la Ley de Defensa Nacional fijó como primer requisito para la seguridad nacional la “formulación, planeamiento y programación de las medidas de defensa relacionadas con el desarrollo nacional”. Esta ley creó además el Sistema de Planeamiento y Acción para el Desarrollo y la Seguridad, que implicó la reorganización del Consejo Nacional para el Desarrollo (CONADE) y la instauración del Consejo Nacional de Seguridad (CONASE). Este organismo debía encargarse de adecuar los planes de desarrollo a las preocupaciones militares y se colocó bajo el comando del general Villegas, figura que tuvo gran influencia en el diseño de todo el Sistema.

Villegas expuso en una charla ante la UIA su pensamiento acerca de la vinculación entre industrialización y seguridad na-

78 Citado en Snow, *op. cit.*, pp. 69-70.

cional en septiembre de 1967. Refrendó allí que se trataba de una “nueva formulación de soberanía, que es integral, vale decir, no es un concepto enmarcado solamente en lo territorial, sino que es también ideológica y económica”. Más aun, el crecimiento industrial era fundamental para la “proyección de la Nación hacia el futuro”, ya que su despliegue determinaba “en gran medida la importancia relativa de las naciones” y su desarrollo era “a la vez, impulsor de otros desarrollos y su principal escudo protector”. Frente a las tendencias hacia la integración económica, con una industria más vigorosa la Argentina podría negociar mejor el papel que le correspondería jugar en el espacio continental, mientras que de otra forma se “trasplantarían” los efectos perniciosos de la división internacional del trabajo al contexto regional. Afirmaba “sin limitaciones”, y con resonancia a los debates económicos que entonces tomaban cuerpo, que “no hay desarrollo y no hay seguridad sin industria; que no ha habido nación capaz de gobernar su crecimiento interno sin la evolución de sus industrias; que no ha habido nación que haya alcanzado la categoría de potencia ni aún en el orden regional, sin el salto a la capacidad industrial a costos competitivos en el ámbito internacional”.⁷⁹

La producción manufacturera era esencial para proporcionar los medios materiales que precisarían las Fuerzas Armadas ante un posible conflicto como la garantía para contener las presiones sociales en tiempos de paz. Un país industrializado ganaba creciente influencia hacia el extranjero y tenía mayores medios de responder a las posibles amenazas, por tal razón “eliminar todo lo que para el desenvolvimiento industrial signifique un estrangulamiento, es hacer defensa en el concepto más alto”. De manera más específica, recuperando las antiguas ideas de “mo-

79 Villegas, Osiris, “La industria y la seguridad nacional”, *Separata de la Revista de la Escuela Superior de Guerra*, núm. 374, noviembre-diciembre, 1967, p. 8.

vilización industrial” de Savio, se refería también a las preocupaciones que habían llevado a la constitución del CONASE, señalando que las industrias privadas, incluso en tiempos de paz, debían ser impulsadas siempre teniendo en cuenta su posibilidad de ser transformadas a la producción bélica en la eventualidad de enfrentar una guerra: “al mismo tiempo que se cimentan las industrias fundamentales para adquirir las características de una ‘industria desarrollada’, se tienen presentes las exigencias de la producción de guerra como una eventualidad”.⁸⁰

Para Villegas, el concurso de la actividad privada era necesario porque las fábricas militares sólo parcialmente podían satisfacer el abastecimiento castrense. En ese sentido, poco de original tenía su propuesta con relación a la justificación que desde la década de 1940 habían ensayado los militares a favor de un mayor despliegue de la industria nacional vinculado a las cuestiones de seguridad. Ello imponía “una orientación por parte del Estado y el fomento de determinadas industrias que no existen o que no han alcanzado un grado adecuado de desarrollo, sea por situación de mercado o de competencia externa. Este fomento o promoción demanda inversiones especiales, con participación del Estado o con medidas de protección con los medios conocidos”.⁸¹

Lo mismo se vislumbraba cuando Villegas puntualizaba su concepción acerca del desarrollo industrial necesario en el país, que se desenvolvía en términos para entonces largamente transitados:

el concepto de desarrollo es sinónimo de construcción de la industria pesada... y de la infraestructura... La industria pesada... no sólo es decisiva para el aumento sustancial de la producción agropecuaria y para ahorrar divisas a través de la progresiva sustitución de importaciones, sino que promueve el pleno empleo y los altos salarios, con sus consecuentes beneficios sociales, espirituales y culturales.⁸²

80 *Ibidem*, p. 18.

81 *Idem*.

82 *Ibidem*, p. 21.

Finalmente, si bien Villegas recogía la idea de avanzar en las exportaciones manufactureras, señalaba que esa alternativa no era central para la estrategia de desarrollo. Más allá de que esas exportaciones pudiesen traer aparejados beneficios en materia de expansión comercial y de aporte de divisas, sostenía que la producción manufacturera debía orientarse de manera prioritaria a la atención de las necesidades locales:

cuando no se satisface de manera adecuada y convenientemente el mercado interior, puede llegarse a la conclusión de que la industria no tiene un objetivo netamente nacional; [y reforzando ese concepto apuntaba que]... es necesario e imprescindible que la industria concorra allá no donde exclusivamente le pueda ser económicamente más rentable, sino y especialmente donde las necesidades socio-geopolíticas del país la soliciten y reclamen.⁸³

Si la “seguridad” rebasaba la idea más estrecha de la “defensa nacional”, el accionar militar debía adoptar nuevas y más complejas condiciones y vincularse estrechamente con los problemas del desarrollo, tal como de hecho se expresaba en los textos oficiales de la Escuela Nacional de Guerra hacia 1969: la

seguridad debe ser la situación resultante de la aplicación de muy acertadas medidas en el campo de lo social, de lo económico, o de lo educacional... Tal es el moderno concepto de seguridad que reclama, por sobre todo, su cabal comprensión y una armonización en el desarrollo que es su factor fundamental, al que sirve y del cual se sirve.⁸⁴

Al mismo tiempo, los militares dieron un nuevo matiz al imperativo económico de la industrialización al postular a las Fuerzas Armadas como un conjunto particularmente apto para acometer el desarrollo. El Comodoro Güiraldes había adelantado esa proposición en 1966, al indicar que:

83 *Ibidem*, p. 23.

84 “La Seguridad Nacional: un concepto de palpitante actualidad”, *Estrategia*, núm. 4, noviembre-diciembre de 1969, pp. 133-134.

Si debe destacarse la función de las fuerzas armadas con características propias, es porque en países como el nuestro, donde la racionalización, la disciplina, la jerarquización y la organización son notas que no caracterizan a los grupos públicos o privados que atienden los distintos servicios que la sociedad reclama, las Fuerzas Armadas, que por esencia responden a esas características, tienen un papel ejemplar a cumplir.⁸⁵

Esa línea la recogería también Guglielmelli, quien desde principios de 1969 se preocupó por dar a conocer estas inquietudes militares desde la revista *Estrategia*.⁸⁶ De hecho, así quedó expresado en la presentación de la publicación, al postularse como uno de los elementos esenciales de la “estrategia nacional” la necesidad de un fijar

programa de desarrollo económico, social y cultural ejercido con ritmo acelerado y definido y definidas prioridades, en áreas geográficas rezagadas, sectores básicos de la producción industrial e infraestructura de servicios, en el diálogo social y en una política educacional y de investigación científica y tecnológica al servicio del desarrollo nacional.⁸⁷

Desde las páginas de esta revista se retomaron las propuestas castrenses en favor de una mayor industrialización de base. En lo sucesivo, numerosos artículos de Guglielmelli y sus colaboradores se referirían a la necesidad de contar con despliegue más amplio de la industria metalúrgica y siderúrgica y de la explotación minera y de materias primas, incorporarían la preocupación por la cuestión tecnológica, como asimismo retomarían el vínculo entre desarrollo económico y las necesidades de equipamiento militar, entre otros temas que —como vimos— contaban con vastos antecedentes en distintos portavoces de las fuerzas armadas.

85 Citado en Snow, *op. cit.*, p. 71.

86 “Responsabilidad de las Fuerzas Armadas en la Revolución Nacional”, *Estrategia*, núm. 4, noviembre-diciembre de 1969.

87 “Propósitos y definiciones”, *Estrategia*, núm. 1, mayo-junio de 1969, p. 7.

No sólo el pensamiento económico militar tuvo un nuevo auge de la mano de estos oficiales vinculados al “desarrollismo autoritario”, sino que sus materializaciones también recibieron renovado impulso. El interés por la minería se mantuvo en esa década de 1960. En 1969 se formó la empresa mixta Hierro Patagónico (HIPASAM) y comenzó a explotar los yacimientos de Sierra Grande en Río Negro que Fabricaciones Militares tenía identificados desde 1944. Antes, y bajo la misma inspiración, hacia 1960 comenzó a desarrollarse un proyecto por parte de la DGFM que concluyó con la formulación de un Plan Cordillerano, bajo control del Programa de Naciones Unidas. El propósito era impulsar una investigación geológica minera integral que permitiera habilitar nuevos yacimientos fundamentalmente de cobre, plomo y zinc. Esa información fue brindada a empresarios privados con el objetivo de incentivar su interés; en muchos casos, esos proyectos tendrían desarrollo durante la década de 1990, pero bajo grandes empresas extranjeras.

En relación con SOMISA, tras largos años de dilaciones, el gobierno “desarrollista” de Arturo Frondizi logró poner el anhelado proyecto de Savio en funcionamiento a mediados de 1960. En sus comienzos, la planta contaba con el puerto de Punta Argerich (sobre el río Paraná), la planta de coque y subproductos, un alto horno, la acería con seis hornos Siemens Martin, el tren de laminado y una usina termoeléctrica. Complementaba prácticamente todo el ciclo de la producción siderúrgica y fue desde la década de 1960, cuando comenzó su producción, la empresa industrial más grande de la Argentina. En 1968 la FM de Aceros firmó un convenio con una empresa alemana para constituir una sociedad mixta que pasó a llamarse Aceros Ohler SA. La nueva empresa sumó un nuevo horno Siemens Martín y otras maquinarias alcanzando un volumen de producción de 60 000 toneladas al año. Era la única planta que producía en el país laminados pla-

nos de alto carbono y de acero al silicio. Finalmente, los militares impulsaron la creación de SIDINSA SA en 1974, con el propósito de construir una gigantesca planta siderúrgica integrada, pero no alcanzó a realizarse.

Por su parte, la Fuerza Aérea creó en 1966 la Comisión Permanente de Planeamiento del Desarrollo de los Metales Livianos (COPEDESMEL), como órgano asesor y ejecutivo de la política aeronáutica en lo referente a la industria del aluminio, magnesio, titanio y cerámicas especiales. Entre los objetivos de la nueva comisión se destacaba el desarrollo de plantas, la elaboración de acciones de fomento destinadas a despertar el interés privado en las industrias de obtención de metales livianos; y la planificación, juntamente con los entes nacionales, de las reservas de energía eléctrica necesarias para el desarrollo de esas industrias. El organismo elaboró el proyecto (que incluyó la construcción de una central hidroeléctrica y un puerto) que finalmente fue adjudicado a una empresa privada, Aluar SA (aunque se reservó una mínima participación en el directorio).

Al iniciar la década de 1970 DGFM se asoció a YPF para crear Petroquímica General Mosconi, destinada a la producción de hidrocarburos aromáticos. Un año después se inició la construcción de Petroquímica Bahía Blanca junto con YPF y Gas del Estado. Los militares tenían participación de 17% en la planta madre y también participación accionaria en las empresas mixtas integrantes del polo, como Polisor, Monómeros vinílicos o Induclor. En 1972 Fabricaciones Militares creó Carboquímica Argentina, una empresa mixta, destinada a procesar derivados del alquitrán, naftaleína, brea, benzol y aceite solvay y al año siguiente estableció Petroquímica Río III en asociación con Atanor e YPF, para la producción de disocianato de tolueno.

A finales de la década de 1970 se creó la empresa estatal Tanque Argentino Mediano Sociedad del Estado (TAMSE), para

producir en la FM San Martín el TH-301, un tanque mediano cuyo diseño se había encargado al consorcio alemán Thyssen-Henschel luego de decidirse en 1973 la renovación de la flota de carros blindados del Ejército; la FM Río III, SOMIZA, AHZ, la FM de Materiales Piro-técnicos, y numerosas firmas de capital privado aportaban los insumos necesarios.

Por su parte, la planta del Arsenal Naval se transformó en sociedad anónima con el nombre Talleres Navales Dársena Norte (Tandanor) en 1971, al que poco después se incorporaron los Talleres de Reparaciones Navales, otro importante astillero propiedad del Estado. En 1976, con el propósito de iniciar el Plan de Reequipamiento Nava, l se creó EDESA, integrada por la Armada con la mayoría del capital y Tandanor. Esta empresa se abocó al desarrollo de misiles, minas, etc. Participaba además en Satecna, una empresa de remolques marítimos. A fines del período que analizamos se crearon Tecnología Aeroespacial SA e Integradora Aeroespacial SA para desarrollar misiles aeroespaciales. También por iniciativa de la Armada se fundó en 1977 una sociedad anónima con participación estatal mayoritaria, cuyo accionista principal fue el Ministerio de Defensa de la Nación y el accionista minoritario la alemana Thyssen, que dio lugar a la creación del Astillero Ministro Manuel Domecq García. Inició sus actividades en 1982 con la construcción de cuatro submarinos.

Conclusiones

Hemos analizado aquí cómo las ideas autarquizantes, del nacionalismo industrialista o del desarrollismo autoritario, que tuvieron creciente difusión a partir de la Primera Guerra Mundial, encontraron un campo particularmente propicio en el pensamiento militar argentino, preocupado por la posibilidad de no poder desplegar su función de defensa al interrumpirse el flujo de in-

sumos, combustibles y equipos del exterior y llegar a poner en jaque al conjunto de la economía. Al igual que en otras experiencias nacionales, la función militar de defensa resultó un argumento de peso para justificar el control estatal de determinados sectores y empresas industriales, tanto para fabricar armamento como para asegurar el suministro de materias primas y energía. Sin embargo, dado su propio avance y la maduración del sector industrial nacional, la producción impulsada por los militares no sólo tuvo como objetivo satisfacer las necesidades específicas de la “defensa nacional” y el abastecimiento de las unidades de las fuerzas armadas, sino que una parte cada vez más importante de esa producción encontró como destino a la demanda de uso civil o fue directamente impulsada por los requerimientos de otros organismos estatales y de empresas privadas.

En particular, los militares tuvieron actuación destacada en la industria metalúrgica, mecánica, siderúrgica, de maquinarias, química, aeronáutica, etc.; en muchos casos cumpliendo una función motora, al dar origen a actividades que antes no existían. A través de sus dependencias o en articulación con capitales privados cubrió sus propias demandas, la de otras empresas estatales y la de empresas privadas. La enorme diversificación de sus actividades fue bastante más lejos de lo que las necesidades de la “movilización industrial” indicaban, de modo que los funcionarios militares llegaron a controlar grandes empresas que eran clave para el desenvolvimiento manufacturero del país.

Esa expansión encontró sostén en las discusiones que los hombres de armas sostuvieron desde finales del siglo XIX. Los motivos aducidos a tal fin resultaron muy variados, pero podemos ubicar en primer lugar los objetivos específicos de la defensa nacional, que en condiciones de severas restricciones externas –como fue el caso de las guerras mundiales– implicó avanzar en numerosas actividades con propósitos de autoabastecimiento.

También las restricciones derivadas de la insuficiencia recurrente de divisas alentaron este tipo de búsquedas por parte del sector militar, al igual que lo hicieron los hacendados de política económica con el fin de integrar más el sector industrial y depender menos del exterior en numerosos rubros “estratégicos”. El escaso interés de la industria privada en promoverlos fue asimismo señalado recurrentemente por los oficiales a la hora de justificar su creciente intervención.

Una vez desarrollados estos emprendimientos, como sucede con la intervención estatal en otros ámbitos, las posibilidades de retraerse eran limitadas, por el peso burocrático adquirido, entre otras razones. Pero además la lógica política, donde la presencia de los militares era decisiva, terminó por consolidar esos espacios de poder. Con todo, ese derrotero industrial, justificado con hipótesis de conflicto o simplemente por el hecho de que las fuerzas armadas tenían el control del Estado, también necesitaba del concurso del sistema económico y político. Además de la pérdida de legitimidad social de los militares tras el retorno de la democracia, hacia finales de la década de 1980 se comenzó a implementar una política que implicó el veloz retiro del Estado de las actividades económicas y una creciente desindustrialización, lo que terminó por extinguir tanto las discusiones como los emprendimientos castrenses referidos al desarrollo del sector manufacturero nacional.

A partir la investigación presentada, pueden plantearse varias líneas de trabajo a futuro. En primer lugar, sería necesario desarrollar más la articulación que ensayamos como objetivo principal, y que consideramos un aporte novedoso. Es decir, profundizar en el estudio de la vinculación entre las prédicas del desarrollo económico de los militares, en su triple práctica como dirigentes de empresas públicas, funcionarios económicos o directivos y socios en empresas de capital privado –nacionales

y extranjeras—. Específicamente, en todos estos puntos quedan vacíos importantes por cubrir.

Si bien es en la historia de empresas donde hay más producción académica para asomarnos al eje del funcionamiento de los emprendimientos militares, aún falta arrojar luz sobre el proceso de toma de decisiones y el gerenciamiento; el foco no se ha puesto en el análisis concreto de la gestión desplegada por los elencos militares. Las otras dimensiones han sido incluso menos exploradas y solo contamos con avances parciales o casi nulos, como sobre el papel de los oficiales en tanto dirigentes empresarios y sectoriales (y su vinculación con el desplazamiento de la “burguesía nacional”) o en torno al impulso de la innovación provisto por empresas y centros científicos bajo la órbita de las fuerzas armadas. El estudio del discurso económico de los militares es otra variable clave a considerar y todavía muestra notorias discontinuidades.

En suma, además de proseguir con los estudios específicos sobre estas diversas dimensiones de actuación, nuestros resultados también reclaman una reconstrucción más amplia, a fin de integrar una lectura abarcadora de la multiplicidad de esfuerzos que manifestaron los militares argentinos y su papel en el desarrollo industrial del país durante gran parte del siglo xx.

Bibliografía

Fuentes utilizadas

- Abarca, Mariano, "La capacidad argentina para la construcción de máquinas", *Servir*, vol. I, núm. 7, noviembre, 1937.
- Abarca, Mariano, *La industrialización argentina*, Ministerio de Agricultura, Buenos Aires, 1944.
- Ballester, Rodolfo, *El aprovechamiento de las fuerzas hidráulicas del país*, Colegio Libre de Estudios Superiores, Buenos Aires, 1940.
- Carri de Riggi, María Teresa, "Los minerales argentinos y las industrias de guerra", *Industria Minera*, núm. 31, febrero, 1944.
- Catalano, Luciano, "Posibilidades económicas e industriales de la riqueza minera metalífera argentina", *Cursos y Conferencias*. Vol. 18, núm. 10-12, enero-marzo, 1940.
- Catalano, Luciano, "Posibilidades de la minería y la metalurgia en la Argentina", *Industria Minera*, núm. 24, julio, 1943.
- Colombo, Luis, *¡Levántate y anda!*, Buenos Aires, Gleizer, 1929.
- Colombo, Luis, "La industria en la paz y en la guerra", *Revista Militar*, octubre, 1931.
- Dirección General de Fabricaciones Militares, *Memoria Anual*, DGFM, Buenos Aires, varios años.
- Dorfman, Adolfo, *El desarrollo industrial de América Latina*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 1942
- Dorfman, Adolfo, *La intervención del Estado y la industria*, Editorial Argentina de Finanzas y Administración, Buenos Aires, 1944.

- “Fomento de las riquezas minerales de nuestro país”, *Metalurgia*, n° 59, octubre, 1944.
- “La Seguridad Nacional: un concepto de palpitante actualidad”, *Estrategia*, núm. 4, noviembre-diciembre de 1969.
- Maggi, Juan y Luis García Mata, “Posibilidades para el desarrollo de la gran siderurgia en la Argentina”, *La Ingeniería*, 809, marzo, 1942.
- Melchor Escola, “El carbón fósil y el petróleo en la costa patagónica”, *Boletín del Centro Naval*, núm. 443, noviembre-diciembre, 1923.
- Ministerio de Hacienda, *El Poder Ejecutivo ha creado el Banco de Crédito Industrial Argentino. Fundamentos y estructura de la iniciativa*, Buenos Aires, Ministerio de Hacienda 1944.
- Nardo, Juan, “La producción del aluminio utilizando materia prima del país”, *La Ingeniería*, junio, 1945.
- “Propósitos y definiciones”, *Estrategia*, núm. 1, mayo-junio de 1969.
- Rawson Bustamante, Juan, “Las posibilidades aeronáuticas en la postguerra”, *Revista de la Unión Industrial Argentina*, núm. 908, agosto, 1944.
- “Responsabilidad de las Fuerzas Armadas en la Revolución Nacional”, *Estrategia*, núm. 4, noviembre-diciembre de 1969.
- San Martín, Juan, “Cómo se presenta el problema de la fabricación de aceros en el país. Estudio general de las condiciones sobre las cuales podría iniciarse”, *Revista Militar*, 401, junio, 1934.
- San Martín, Juan, “La capacidad argentina para la construcción de aviones”, *Servir*, núm. 12, junio, 1937.
- Sanguinetti, Julio, *Nuestro potencial económico industrial y la Defensa Nacional*, Círculo Militar, Buenos Aires, 1946.

- Sarobe, José María, "Deberá tenerse presente la realidad futura dentro de un vasto plan de fomento económico", *Finanzas*, núm. 76, noviembre, 1942.
- Sarobe, José María, *Política económica argentina*, UIA, Buenos Aires, 1943.
- Savio, Manuel, *Obras del General Manuel N. Savio*, Somisa, Buenos Aires, 1973.
- Unsain, Alejandro, "La minería en la defensa nacional", *Industria Minera*, núm. 35, junio, 1944.
- Uriburu, José "La renovación del material bélico", *La Nación*, 27 de enero de 1921.
- Vicat, Luis, "Necesidad de una metalúrgica propia como elemento indispensable para asegurar la defensa nacional", *Revista Militar*, núm. 26, 1925
- Vicat, Luis, "La verdadera defensa nacional y el bastarse a sí mismos. Conferencia pronunciada por el coronel Luis Vicat el 17 de julio de 1925 en el Círculo Militar", *Anales de la UIA*, núm. 788, agosto, 1936.
- Villegas, Osiris, "La industria y la seguridad nacional", *Separata de la Revista de la Escuela Superior de Guerra*, núm. 374, noviembre-diciembre, 1967.

Bibliografía

- Angueira, María y Tonini, Alicia, *Capitalismo de Estado (1927-1956)*, CEAL, Buenos Aires, 1986.
- Artopoulos, Alejandro, *Tecnología e innovación en países emergentes: la aventura del Pulqui II (1947-1960)*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2012.
- Barbero, María Inés y Fernando Devoto, *Los nacionalistas*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1983.
- Belini, Claudio, "Parlamento, partidos políticos y política industrial en la Argentina, 1946-1955", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, núm. 23, 2001.
- , "El Grupo Bunge y la política económica del primer peronismo, 1943-1952", *Latin American Research Review*, vol. 41, núm. 1, febrero, 2006.
- , "La Dirección General de Fabricaciones Militares y su papel en la industrialización de posguerra", en Marcelo Rougier (dir.), *Políticas de promoción y estrategias empresariales en la industria argentina, 1950-1980*, Ediciones Cooperativas, Buenos Aires, 2007.
- , *Convenciendo al capital. Peronismo, burocracia, empresarios y política industrial, 1943-1955*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014.
- y Rougier, Marcelo. *El Estado empresario en la industria argentina*, Manantial, Buenos Aires, 2008.
- Berrotarán, Patricia y Villarruel, José, "Un diagnóstico de la crisis: el Consejo Nacional de Posguerra", en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel (edits.), *Representacio-*

- nes inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Biblios, Buenos Aires, 1995.
- Carranza, Mario, "The role of the military expenditure in the development process; the Argentina case 1946-1980", *Ibero-Americana, Nordic Journal of Latin American Studies*, Vol. XII, núm. 1-2, 1983.
- Castiñeiras, Pedro, *Evolución de la Sociedad Mixta Siderurgia Argentina. Unidad Fundamental del Plan Siderúrgico Argentino*, SOMISA, Buenos Aires, 1964.
- Davis, Pablo Julián, *Argentine Military Industrialism: Army, State and Industry from 1918 to 1955*, Tesis de Doctorado, Johns Hopkins University, Baltimore, 1991.
- de Paula, Alberto, Martín, María y Gutiérrez, Ramón, *Los ingenieros militares y sus precursores en el desarrollo argentino (1930-1980)*, DGFm, Buenos Aires, 1980.
- Gadano, Nicolás, *Historia del petróleo en la Argentina, 1907-1955: desde los inicios hasta la caída de Perón*, Edhasa, Buenos Aires, 2006.
- Jaramillo, Ana, "Presentación", en *Pensar con estrategia. Juan Enrique Guglielmelli en la revista "Estrategia"*, UNLa, Buenos Aires, 2007.
- Kaplan, Marcos, *Petróleo, Estado y políticas públicas en Argentina*, Síntesis dos mil, Caracas, 1972.
- Lesser, Ricardo y Panaia, Marta, "Las estrategias militares frente al proceso de industrialización-1943-1947", en Marta Panaia, Ricardo Lesser y Pedro Skupch, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. 2, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.
- López, Ernesto, "La industria militar argentina", *Nueva Sociedad*, núm. 97, septiembre- octubre de 1988.
- McCloud, James F., *Del Jeep al Torino: la historia de IKA, primera planta automotriz integrada de Sudamérica*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2015.

- Odisio, Juan, "El Complejo Petroquímico de Ensenada: la última apuesta del Estado empresario argentino", en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la industria argentina*, vol. 3, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2013.
- , "Del fervor a la indolencia: Estado empresario y sustitución compleja de importaciones. La industria petroquímica básica argentina entre 1967 y 1993", en Andrés Regalsky y Marcelo Rougier (eds.), *Los derroteros del estado empresario en la Argentina. Siglo XX*, Eduntref, Buenos Aires, 2015.
- Pampin, Graciela, "Acciones y reacciones en la industria química. Políticas públicas y empresarios: El caso Alpat", en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la industria argentina*, vol. 3, Lenguaje Claro, Buenos Aires, 2013.
- Picabea, Facundo, *Apogeo, inercia y caída del proyecto metalme-cánico tecno-nacionalista. El caso de Industrias Mecánicas del Estado (Argentina 1952-1980)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2011.
- Pontoriero, Gustavo, "Formación y participación de una élite técnica estatal en el diseño de la política petrolera argentina: la Secretaría de Energía, el Consejo Nacional de Desarrollo y el Plan Trienal (1974-1977)", en Cristina Lucchini y Ángel Cerra (coords.), *Política petrolera peronista (1973-1976)*, Bibles, Buenos Aires, 2010.
- , "Fuerzas Armadas y desarrollo energético en la Argentina: el papel de la Marina de Guerra en la primera mitad del siglo XX", *H-industri@. Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina*, año VI, núm. 10, 2012.
- Pontoriero, Gustavo, "Las Fuerzas Armadas y la política económica del gobierno de Arturo Frondizi", en Marcelo Rougier y Juan Odisio (coords.), *Estudios sobre Planificación y Desarrollo*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2016.

- Potash, Robert *El ejército y la política en la Argentina*, 4 vols., Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1982.
- Raccanello, Mario, "Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado y la lógica de la política económica peronista", *América Latina en la historia económica*, vol. 20, n° 2, 2013.
- , y Rougier, Marcelo, "Tractores y mitos del Estado empresario peronista", en Marcelo Rougier (dir.), *Estudios sobre la industria argentina*, Lenguaje claro, Buenos Aires, 2014.
- Regalsky, Andrés y Rougier, Marcelo (eds.), *Los derroteros del estado empresario en la Argentina. Siglo XX*, Eduntref, Buenos Aires, 2015.
- Rougier, Marcelo, "El fracaso del Estado Empresario. La Dirección General de Fabricaciones Militares y el desarrollo de la metalurgia del cobre, 1941-1955", *Anuario IHES*, núm. 25, 2010.
- , *Estado y empresarios de la industria del aluminio en la Argentina: el caso ALUAR*, UNQui, Buenos Aires, 2011.
- , *La economía peronista. Una perspectiva histórica*, Sudamericana, Buenos Aires, 2012.
- , "El Complejo Militar-industrial, 'núcleo duro' del Estado empresario y la industrialización en la Argentina", en Andrés Regalsky y Marcelo Rougier (eds.), *Los derroteros del estado empresario en la Argentina. Siglo XX*, Eduntref, Buenos Aires, 2015.
- , y Odisio, Juan, "Argentina será industrial o no cumplirá sus destinos". *Las ideas sobre el desarrollo nacional (1914-1980)*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2018.
- , y Schvarzer, Jorge, *Las grandes empresas no mueren de pie. El (o)caso de SIAM*, Norma, Buenos Aires, 2006.
- , Odisio, Juan, Raccanello, Mario y Sember, Florencia, *Los desafíos del Estado emprendedor: el Polo Industrial-Tecnológico para la Defensa*, AESIAL-DT 4, FCE-UBA, Buenos Aires, 2016.

- Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, 2 vols., Emecé editores, Buenos Aires, 1981.
- Russo, Cintia, "The Role of Military Managers in State-Owned Companies in Argentina. Astilleros y Fábricas Navales del Estado (1953-1986)", en Daniela Felisini (ed.), *Reassessing the Role of Management in the Golden Age. An International Comparison of Public Sector Managers 1945-1975*, Palgrave Macmillan, Cham (Suiza), 2017.
- San Román, Elena, "De la Gran Guerra a la Guerra Civil: el nacimiento de la Movilización Industrial", *Circunstancia*, núm. 19, mayo, 2009.
- Scheetz, Thomas, "Military Business in Argentina", en Jörn Brömmelhörster y Wolf-Christian Paes (eds.), *The Military as an Economic Actor. Soldiers in Business*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003.
- Schvarzer, Jorge, "Las empresas más grandes de la Argentina. Una evaluación", *Desarrollo Económico*, vol. 17, núm. 66, 1977.
- , "Empresas públicas y desarrollo industrial en Argentina", *Economía de América Latina*, núm. 3, 1979.
- Silenzi de Stagni, Adolfo, *El petróleo argentino*, Colección Problemas Nacionales, Buenos Aires, 1955.
- Snow, Peter, "Desarrollo económico y seguridad nacional en el régimen militar argentino", *Estudios Internacionales*, vol. 5, núm. 20, 1972.
- Solberg, Carl, *Petróleo y nacionalismo en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 1982.
- Solingen, Etel, "Growth and decline of the military-industrial complex: The cases of Argentina and Brazil", *International Politics*, vol. 35, núm. 1, 1998.
- Testa, Víctor, *Aspectos económicos de la coyuntura actual (1973-1975)*, Cuadernos del CICSO, Serie Polémica, núm. 5, Buenos

- Aires, 1975.
- Toledano, Roulhac d'Arby, *The rise and fall of the Argentine military industrial complex: Implications for civil -military relations*, Tesis de Doctorado, Tulane University, Nueva Orleans, 2000.
- Torino, Manuel, *Dirección General de Fabricaciones Militares: un pilar industrial del país*, Universidad Católica de Salta, Salta, 2003.
- Villanueva, Roberto, *Historia de la siderurgia argentina*, Eudeba, Buenos Aires, 2008
- Weil, Félix, *El enigma argentino*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2010.
- Winsor, Curtin, *The National Security and Armament Policies of Argentina*, Tesis de Doctorado, The American University, Washington DC, 1971

